Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de

Banesco
RIF: J-07013380-5

ESCRIBE HILDA SABATO: Las independencias encontraron a la América, antes española, en medio de un confuso y desordenado período de cambio cuyo desenlace resultaba un enigma abierto para los protagonistas, que podían intentar incidir en destinos imaginarios deseables pero difícilmente pudieran cincelarlos a medida. No se trató de una historia lineal ni previsible, sino de procesos marcados por confrontaciones de palabras y de hecho entre quienes apostaban a soluciones diversas frente a la crisis imperial desencadenada en la primera década del siglo XIX.

Papel Literario
FUNDADO EN 1943
80 AÑOS
DOMINGO 5 DE NOVIEMBRE DE 2023

•**Dirección** Nelson Rivera •**Producción PDF** Luis Mancipe León •**Diseño y diagramación** Víctor Hugo Rodríguez •**Correo e.** riveranelsonrivera@gmail.com/•https://www.elnacional.com/papel-literario/•**Twitter** @papelliterario

HOMENAJE >> ANTONIO COVA MADURO (1939-2013)

El cinismo como actitud política

Antonio Cova fue comunicador social, sociólogo, articulista y ensayista. Pedagogo excepcional, llegó a ser el más antiguo de los docentes de la UCAB: 47 años. Maestro inolvidable para sus colegas y alumnos, fue profesor también en la UCV, la USB y el IESA

ANTONIO COVA MADURO / ©VASCO SZINETAR

ANTONIO COVA MADURO

Desde los tiempos de Maquiavelo adoptar –y adaptar– la idea de que "toda acción política casi que conlleva una actitud cínica" es algo difícil de rehuir. Por esa misma razón parece útil que hagamos algunas reflexiones acerca de los términos y conceptos que estaremos utilizando en esta conversación.

Parece obvio que son tres los que debemos considerar. Comencemos con el primero de ellos: el cinismo. Hoy no es nada fácil que encontremos filiación alguna con la escena de Diógenes el Cínico y su sarnoso perro, saliendo del tonel que tenían como única vivienda para solicitar al poderoso que le importuna, que "se aparte para que pueda bañarle la luz del sol". Ese, el de la filosofía cínica, no es el significado que se le asigna en los tiempos que corren.

Por eso mismo no nos queda otra que acudir al siempre seguro DRAE, que, con contundencia nos dice que cinismo es "desvergüenza en el mentir o en la defensa y práctica de acciones o doctrinas vituperables", para proseguir diciéndonos que es "impudencia, obscenidad descarada". Cuando uno se acerca a cada una de las consideraciones del DRAE observa que la primera definición se refieres al carácter que poseen determinadas acciones, y que es ese carácter el que las convierte en cínicas; mientras que la segunda definición tiene que ver más bien con las cualidades –o defectos– de quien realiza tales acciones. En cualquiera de los dos casos, sin embargo, se trata siempre de un tipo de comportamiento que, a cualquier persona decente le parece típico de acciones y/o personas detestables.

El segundo término que precisamos considerar es el de actitud. Para no entrar en los diferentes matices que la psicología propone –sobre todo la psicología social–, vayamos, una vez más, al seguro DRAE. De las tres definiciones que da, la más apropiada a nuestra intención es la que dice que "la actitud es una disposición de ánimo manifestada de algún modo". Justamente para conocer la presencia, arraigada o no, de esas "disposiciones de ánimo" en una determinada población, la investigación social contemporánea inventó las "escalas de actitud", en las cuales se le propone al entrevistado una determinada afirmación, la cual él o ella ubicarán en una escala que va de 1 a 5, en la mayoría de los casos: su "acuerdo" o "desacuerdo", su "gusto" o "disgusto".

Ese tampoco es nuestro interés en esta conversación de hoy. Preferiríamos, más bien, la connotación que le diera Geert Hofstede cuando intentó conocer cómo distintas sociedades encaran problemas críticos de la vida (el individualismo frente al colectivismo, la básica y sempiterna desigualdad entre los humanos, la incertidumbre ante el futuro que todos tenemos y lo que él llamó la "masculinidad" frente a la "femineidad") utilizando una propuesta por demás interesante: la distinción entre lo que la gente cree es la conducta apropiada, es decir, ajustada a los valores que dicen suscribir, y lo que termina siendo su conducta real. Es en este apartado donde la gente "adopta" determinadas actitudes.

Según esta propuesta, los seres humanos cuando ven pasar ante sus ojos acciones de determinadas personas, adoptan –y adaptan– actitudes, que podrían ser fuertemente condenatorias o sólidamente aprobatorias. Un caso extremo de lo primero lo tenemos cuando se realizan linchamientos por parte de poblaciones hartas de esperar una justicia que nunca llega, aunque esa misma gente diga, aun enfáticamente, que siente un gran respeto por la vida, que toda vida tiene un inmenso valor.

Los "valores", entonces, aún confrontados a situaciones extremas, tienden a ser duraderos y a mantenerse incólumes, mientras que las actitudes pueden variar, en grado, intensidad y hasta sentido.

En el contexto de esta presentación parece obvio que hay actitudes presentes entre los actores políticos que no necesariamente coinciden con las que privan entre los gobernados, que son quienes juzgan a los primeros, usualmente sobre la base de los valores que prevalecen en esa población. Entre los ciudadanos, las acusaciones de cinismo dirigida a los actores políticos no suelen escasear, aunque en otras áreas de la vida –las que no tocan lo "político" según los criterios usuales– esos ciudadanos se comporten "cínicamente", sin que por ello sientan que su conducta es, en lo más mínimo, inconsistente.

Visiones de "lo político"

Por los momentos podemos dejar esta reflexión aquí y dedicarnos ahora al minado campo de la política. En él, la primera mina con la que podríamos tropezar es la que sostiene que la política no es otra cosa que ese vasto campo donde solo juegan el poder y las múltiples resistencias que él genera. Es esto lo que tenía en mente Max Weber cuando afirmaba que "el poder es la capacidad de imponer la propia voluntad, aun venciendo toda resistencia"

Pero Weber nos interesa ahora por otro asunto: el de la legitimidad, que ha resultado ser un asunto de vital importancia en el mundo moderno, en la medida en que responde a una gran pregunta: ¿qué hace a un régimen aceptable a sus ciudadanos? Y en esa misma onda, ¿qué razón da cualquier régimen de sí mismo para obtener obediencia de parte de los gobernados? Este asunto, que hoy se reviste de un término muy novedoso, la gobernabilidad, parece capital ya que sobre él descansan tanto la paz social, como el equilibrio que una sociedad debe intentar mantener si es que quiere sobrevivir.

Weber, todos sabemos, llegó a elaborar ese concepto cuando, impulsado por su afán de desentrañar las razones que hicieron posible la "superioridad de Occidente", tan evidente en sus días, se dedicó a una intensa labor histórica que le llevó a descubrir unos patrones, tanto en los modos de "legitimar" como de "ejercer" el poder político en diferentes sociedades. Así, él distinguió tres legitimidades que impondrían tres tipos de dominación diferentes, esas que todos conocemos: la carismática, la tradicional y la legal.

Dado que Weber estaba interesado en el cambio histórico, su interés tenía por fuerza que centrarse en el por qué cada sociedad habría optado por una de esas tres legitimidades, o también por qué habría "mezclado" ingredientes definitorios de una u otra de esas legitimidades, de modo de producir un determinado híbrido de estas tres y qué posibilidades habría de que pasasen de una a otra. Pero Weber, por las mismas necesidades de su estudio, hubo de proponer una metodología que para aquella sociología que él estaba ayudando a crear, era fundamental: la de los tipos ideales, elaborados muy cuidadosamente con los materiales históricos a su disposición –y hasta los fragmentos de tales materiales– que arrojan pistas sobre lo que él, en cada caso buscaba. Esa metodología le posibilitó, además, escapar de la obligación de "probar" que todos los componentes de cada tipo ideal tuviesen que estar siempre presentes. Bastaba con que los más destacados lo estuviesen.

Así, a Weber le fue posible dejar ver cómo en cada momento histórico era posible que distintos tipos de dominación de diversas instituciones coexistiesen en distintas sociedades. Así, por ejemplo, que en una sociedad tan moderna como los Estados Unidos, donde impera la legitimidad de naturaleza legal, pudiese estar presente una vasta agrupación de carácter tradicional como lo es la iglesia mormona, o de carácter carismático como son los *"black muslims"*

Más importante todavía, Weber estaba consciente de que, aún en la más moderna de las sociedades, que por su misma naturaleza requería de una legitimidad legal, podían aparecer potentes rasgos carismáticos. La ironía de la historia quiso que, a apenas 13 años de su muerte, su Alemania querida lo comprobase trágicamente.

Weber nunca elaboró exhaustivamente sobre la naturaleza de cada sociedad involucrada, sino que su atención se concentró más bien en el asunto de la obediencia otorgada por los gobernados al sistema de gobierno que les tocara. Nos dejó, eso sí, una secreta advertencia: si el régimen para el cual se había creado la "legitimidad legal" era la moderna democracia –esa gran creación de Occidente–, no podríamos evitar darle un apellido. Se trataba de la "moderna democracia de masas", que obviamente escondía peligros sin fin, peligros que ya Ortega y Gasset pudo estudiar y que, como el mismo Weber aclararía, obligaba a la expansión fenomenal de otra gran experiencia de nuestro tiempo: la burocracia, con su obligada orientación, insistía Weber, hacia "criterios utilitarios-materiales", que, concluía, era la "exigida por las masas, hechas felices de esta suerte". Con el tiempo, ese carácter de "sociedad de masas" impondría que en esas sociedades irrumpiesen, a cada rato, dosis apreciables de irracionalidad, y que la acusación de "cinismo" fuese de continuo arrojada a los gobernantes.

Ese vacío –el de la consideración del "tipo" de sociedad– vendría a llenarlo un contemporáneo de Max Weber, el otro pilar de la fundación de la sociología: el francés Émile Durkheim. En efecto, en su famosa tesis doctoral, rápidamente convertida en un libro de vasta fama, *La división del trabajo social*, él propondría los rasgos de la sociedad que Weber tuvo en mente y lo hizo desde un concepto siempre muy importante en los primeros sociólogos franceses, el de la solidaridad como rasgo distintivo de las distintas formas de relaciones sociales. A esa sociedad Durkheim la llamó de "solidaridad orgánica", caracterizada por un ingrediente básico: la "división del trabajo", garante fundamental de la integración social, en la medida en que si "todos nos necesitábamos" en razón de nuestras carencias, la interdependencia sería el lazo que nos uniría.

(Continúa en la página 2)

El cinismo como actitud política

(Viene de la página 1)

ANTONIO COVA MADURO / ©MANUEL SARDÁ

Podemos, entonces, entender que para que una "legitimidad" se instale y que el ejercicio del poder se cimiente sobre una anuencia generalizada de parte de los gobernados, sería requisito indispensable a un tipo de solidaridad, que en el caso actual sería la que tiene por fundamento la división del trabajo.

Más cercana a nosotros es la propuesta de la más notable filósofa política de nuestro tiempo. Hannah Arendt, sobre la existencia de lo político: "por tener que vivir juntos los diversos" es que requerimos de esa actividad como si fuese el oxígeno. Y lo es porque, en esa propuesta, al entrar, por definición, los diversos, ya no se trata solo de multitudes agrupadas en distintas formas de trabajo, sino de quienes, por existir como "diferentes" y por requerir las condiciones para seguir existiendo, imponen el que entre todos se elabore un consenso. Por fin la existencia misma del poder no brota de luchas y batallas entre los actores que compiten por y para ejercerlo, sino que entra de lleno en la vida cuotidiana de gente que, aun siendo muy diversa y con intereses distintos y hasta contrapuestos, se convierten en "ciudadanos", para quienes ese "juego" –el de la política– es vital. Arrojada de su seno la violencia, se le haría incómodo al cinismo tener que acompañar siempre a la política.

Tocó a Talcott Parsons, el gran sociólogo norteamericano del siglo XX, poner en la escena a un inquietante personaje del pasado: el filósofo inglés Thomas Hobbes, quien al hacer presa a cada hombre de sus "pasiones y deseos" –tanto como para poner la "razón" a su completo servicio, y no al contrario, como muchos sostienen– solo deja abierta la trampa que supone que cada uno de nosotros esté dispuesto a recurrir al "criterio de eficiencia" para conseguir lo que nuestras pasiones y deseos nos imponen. Por ello mismo, ese desarrollo inexorablemente desembocaría en una sociedad invivible. Vivir así, entonces, nos predispondría a entregar nuestra individualidad en las manos de un soberano que, sin la enajenación de la misma no podría "salvarnos" de nosotros mismos.

La política allí, en el mundo hobbesiano, solo tendría un único momento: el de la entrega de nuestra soberanía individual, que, una vez consumada nos tornaría en activos colaboradores de las tareas represivas de ese soberano. Curiosamente, es de allí de donde emanaría nuestra felicidad. Por fin estaríamos bajo la protección de alguien –el soberano– que nos salvaría del resto de la manada.

Estamos ya en un mundo donde reina la modernidad, con los rasgos que someramente hemos descrito; uno donde la legitimidad se asienta sobre la capacidad de proveer de "todo lo necesario para que las masas puedan llevar una vida digna", uno donde ya ha hecho su aparición estelar lo que Hannah Arendt llamó el dominio de "lo social" cuya presencia dominante ella tanto temía.

Vienen ahora preguntas claves: ¿quién o quiénes asumirán la tarea de gobernar una sociedad donde estuviere presente el fantasma hobbesiano? y ¿cómo evitar, si fuere menester, que esas necesidades, omnipresentes en una "democracia de masas", terminaran barriendo el dominio de "lo público", para instalar enteramente el dominio de "lo social", como se lo temía Hannah Arendt?

La "gobernabilidad" hoy

En nuestros tiempos se han hecho presentes dos tendencias claramente distinguibles: una, hija directa y dilecta de la revolución industrial, insiste en que eso solo sería realizable –la sociedad próspera donde la mayoría disfrute del mayor monto de felicidad posible– si se aceptan los supuestos del mercado. A su favor esgrimen la clara ventaja que hoy llevan los países que aceptaron esa ruta. Y a ello les ayuda el colapso del sistema que imperó hasta hace apenas 20 años en las dos sociedades que por mayor tiempo se ilusionaron con la "otra vía", la comunista, la de la "construcción del socialismo".

Fueron tantos los problemas que en sus inicios tuvo esta ruta del mercado, que hoy aparece como la triunfante, que rápido apareció la vía que hoy intenta de nuevo levantar cabeza, la de la convocatoria a "construir el socialismo". Para los propulsores de esta "otra" vía, la conquista y férreo ejercicio del poder político era el requisito *sine qua non* para la prosperidad, jamás su consecuencia. Mientras que ese poder político, para los propulsores del "mercado", solo era aceptable –y hasta bienvenido– en la medida en que este necesitaba "protegerse" de sus propios excesos. El socialismo más ortodoxo terminó concluyendo que sería la dictadura la que nos conduciría al paraíso terrenal.

Ambas vías confrontaban un serio problema de legitimidad, sin embargo: para los primeros, ¿cómo obtener el beneplácito de las masas –a quienes, según su propia confesión, pretendían hacer felices– si se requería su anuencia para el desarrollo desatado del afán de lucro, sin cuya presencia, argüían sus proponentes, no habría la más mínima motivación para producir bienes y servicios? La "legitimidad" del mercado se veía entonces muy comprometida.

Del otro lado, lo que se demandaba para garantizar la creación de sociedades prósperas era la aceptación de la necesidad de instalar, quién sabe por cuánto tiempo, una dictadura como nunca había presenciado la historia, una que, montada en nombre del proletariado, terminaría convirtiéndolo en su primera víctima.

Es en este momento estelar donde reaparece el fantasma del cinismo, como ya lo sugeríamos. Y lo hace porque es bien difícil, por no decir imposible, evitar la trampa de confundir una sociedad prospera con una sociedad consumista; donde el beneficio, a veces grotesco, de unos pocos no aparezca como el único propósito loable de esa sociedad que se pretende "libre". La debilidad que hoy notamos en quienes sostienen la primera vía, yo creo que reside en este dilema fundamental: que todos salgan beneficiados de la gran suerte de unos pocos ¿es algo viable? Los recientes traspiés de la economía de los países del primer mundo sugerirían que no.

> **"La política allí, en el mundo hobbesiano, solo tendría un único momento: el de la entrega de nuestra soberanía individual"**

Es, sin embargo, en la otra propuesta donde están las peores debilidades, aunque a muchos les luzca lo contrario. Comenzando con la "necesidad" que fue el leitmotiv de Lenin: sin un partido fuerte, con todas las características de una perseguida secta religiosa, jamás se realizaría una revolución. Y sería ese partido el que, por fuerza, asumiría el carácter de portavoz único de la verdad absoluta. Poco importaban los "diversos" que Arendt tenía en mente, es más, por definición ellos terminarían siendo subversivos al "bien" último.

Pero es que, además, ese partido se impuso a sí mismo una tarea casi imposible de lograr: eliminar el fantasma de las clases en una sociedad solidaria. Tarea tanto más titánica cuanto que, por fuerza, muy pronto el partido se convirtió en la matriz de una nueva clase, investida ahora de una legitimidad sagrada e intocable. El gigantesco esfuerzo que hiciera Mao en China con la "revolución cultural" (1966-1976), terminó afianzando lo que pretendía evitar: la consolidación definitiva de esa nueva clase, la de los "aprovechados" del régimen.

Esta segunda tendencia jamás hubiese podido imponer su marca en el siglo XX, de no ser por su fenomenal capacidad de ocultamiento de sus pretensiones. En este intento, sin embargo, hay algo que puede resultarnos aterrador: con la excusa de que los supuestos normativos de la sociedad, esenciales para tornar viables los compromisos políticos, no eran otra cosa que "patraña burguesa", una nueva moralidad hizo su aparición. Pero esa "nueva moralidad" fue, de inmediato percibida por todos como de un cinismo intolerable.

El "cinismo como actitud política", entonces, permanece colgando como una espada de Damocles sobre nuestras cabezas. En efecto, cuando retornamos a nuestro asunto observamos que, tanto Weber como Arendt enfatizan que, en el mundo moderno, el ejercicio del poder requiere de una legitimidad ampliamente compartida, de una legitimidad que descanse sobre la anuencia, y aún más, sobre el fervor de las masas. No hay que ser muy experto para captar que lograr eso se torna un asunto muy peligroso cuando hay una profunda debilidad institucional, o también cuando hay una crisis tan profunda, que ningún instrumento usual es capaz de enmendar.

El siglo XX fue el siglo que descubrió e impuso el poder de las masas, y lo hizo justo cuando también creaba el atractivo del "buen vivir", mostrado como en una vitrina deslumbrante de las minoritarias clases medias profesionales, sin pararse mucho en las extenuantes dificultades para que las dos cosas coexistiesen. Al final, los proponentes de una sociedad próspera terminaron por no ocuparse mucho "del resto". No hacerlo puso en primera fila el espinoso asunto de los excluidos, que, a gritos, reclaman su presencia en el centro. Y eso lo hacen desde Indonesia y Pakistán hasta la intranquila América Latina.

Ese desarrollo –quizás inesperado, vaya usted a saber– ha puesto sobre el tapete en múltiples escenarios, una reivindicación de las mayorías empobrecidas que si al principio se plantea como una pacífica evolución, rápido parece descarrilarse, sin saber ni a dónde conducirá ni en qué concluirá.

Como era de esperarse, han aparecido nuevos hombres y algunas mujeres que se muestran muy complacidos en asumir tareas de conducción de este tren que luce tan imparable como para hacer temer su descarrilamiento.

Estamos, como en unas películas que se repiten, de nuevo en la oferta de un mundo feliz, al cual se le dota de las delicias del paraíso –en las sociedades cristianas– y de las ilusiones del primer califato en las sociedades musulmanas. Y de nuevo está ante nosotros la posibilidad –hoy más empobrecida– de repetir la vana e inútil propuesta del experimento comunista: proceder a repartir equitativamente la riqueza que otros labraron, sin aceptar la pregunta fundamental que siempre ha hecho el otro lado: ¿y cómo haríamos para lograrla, una vez que ese primer reparto se haya agotado?

El cinismo instalado

Y es en este momento cuando aparece de nuevo el cinismo. En primer lugar, entre los nuevos dirigentes, quienes ya no podrán esgrimir, como Lenin, Stalin y Mao en su tiempo, la excusa de que estaban entrando en un terreno desconocido y que, bueno, después de todo la "construcción del socialismo" era algo que había de tomar bastante tiempo. Pero siete décadas probaron ser demasiado y antes de que el mismo mal contagiara a sus vecinos del Este, los chinos decidieron, en un *volte face* sensacional, llevar a cabo la más espectacular "revolución capitalista" de la historia, comandada por el partido que naciera en 1921 con el encargo de impedirla a toda costa. ¿Hay mayor cinismo que pretender que "no se está haciendo lo que sí se está haciendo"?

Los últimos años han mostrado que sin una fuerte dosis de cinismo no hubiese sido posible llevar adelante los extraños cambios que hoy vivimos. El problema reside en hasta dónde pueden estirarse estos cambios y por cuánto tiempo podrán mantenerse. La historia del sufrido siglo XX, la verdad, no da muchas esperanzas. ¿O es que olvidamos que, ya desde los comienzos de esta utopía, el siglo XX mostró la horrible cara del cinismo de los gobernados, de quienes, supuestamente, serían los grandes beneficiarios en esas sociedades igualitarias y felices? En esas sociedades, en efecto, pronto se hizo claro que había costuras a punto de deshilacharse en la propuesta y que, con el elenco que, como abejas en un panal cundía en ellas, no tenían chance alguno de éxito.

Tome usted cualquier chiste, en el momento que más le plazca, en la atormentada historia de los pueblos sometidos a esa utopía de felicidad para todos, y verá usted la cara amarga del cinismo. Ni nadie creía en lo que nunca fue más allá de las propuestas, ni por mucho tiempo aceptaron el cuento de que los sacrificios de hoy serían la garantía de la felicidad del mañana. Pero el cinismo iba más allá: era una corrosiva fuente perenne de oposición contumaz.

Mientras eso sucedía en el mundo de la utopía sin cesar predicada y jamás realizada, en el otro se asentaba la idea de que "la mayor felicidad al mayor número" no era, ni podía ser más que un consumismo desbordado, que solo se haría posible si el sistema económico sabía protegerse de sí mismo, del veneno que ese cuerpo producía. Se ha comprobado que la búsqueda del lucro podía tener, como lo hemos visto con horror reciente, una gran capacidad de utilizar los caminos verdes para salir indemne.

Por fortuna, el carácter pragmático del sistema facilita el que rápido se sientan –y por ello mismo se detecten– las pifias y vicios del sistema. Y también es una fortuna que en ese mundo sea posible que los gobernados puedan zafarse de quienes, habiendo prometido no hacerlo, les expolian; y así aplicar remedios contundentes.

En ese mundo, que tan cercano está de los venezolanos que poco a poco salen de su incredulidad, se pretenden condenar, con igual cinismo, tanto los grandes logros –sindicales y políticos– que mucha salvaguarda proveyeron a sus ciudadanos, como los costosos "medios" para obtenerlos.

Es una suerte que podamos cortar todo el cerumen del cinismo, que simula desvivirse por lograr nuestra felicidad, cuando no hace otra cosa que intentar borrar todo lo que nos acercó a ella. Ha llegado el momento que nuestro cinismo inicial dé paso a su transformación en una fuerza arrolladora, del mismo tipo que aquella que derribó al Muro de Berlín un 9 de noviembre de 1989, clausurando así, a picotazos, al corto siglo XX y abrió uno nuevo, que esperamos distinto, y por qué no, con menores dosis de cinismo.

---

*Ensayo publicado en el cuaderno *Las actitudes políticas*, que incluye, además, un ensayo de Laureano Márquez. Colección Cuadernos del Centenario 1909-2009, Volumen 17, Fundación Manuel García-Pelayo, Caracas, 2011.

HOMENAJE >> ANTONIO COVA MADURO (1939-2013)

El profesor Antonio Cova

"Dos palabras bastan para expresar, con precisión, lo que Antonio Cova era como profesional: Excelente profesor. Sus prácticas docentes respondían a este principio de Sócrates: 'No puedo enseñar nada a nadie, solo los puedo hacer pensar'"

RAMÓN PIÑANGO

ANTONIO COVA MADURO / ©MANUEL SARDÁ

Es grato escribir sobre un gran amigo, a pesar de que ya no esté con nosotros. Lo es porque el recuerdo nos alegra. Pero no es tarea fácil aunque lo hayamos conocido muy bien. Sin percatarnos, se nos puede escapar algo relevante. Tendemos a recordar lo que, a nuestro parecer, es particularmente significativo o lo que, por alguna razón, privilegiamos cuando hablamos de un familiar o algún amigo cercano. Después de todo hablamos desde nuestras percepciones. Además, el sesgo positivo es inevitable cuando nos referimos a una persona querida y apreciada por muchos.

En 1960, Antonio se graduó de comunicador y en 1961 de sociólogo en la Universidad Central de Venezuela. En 1966, obtuvo la Maestría en Sociología en la Universidad de California, Berkeley. En esos años en Estados Unidos presenció la protesta social y política contra la guerra en Vietnam que comenzó en esa universidad y repercutió en muchas partes del mundo.

Conocí a Antonio hacia finales de los años sesenta, cuando comencé a estudiar Sociología y él concluía la licenciatura en la misma carrera. Coincidimos en reuniones de estudiantes que, sin pertenecer a ningún partido político, apoyábamos la democracia que renació en 1958. Recién graduado en Sociología, Antonio se incorporó como profesor de Historia de las Instituciones en el segundo año de Sociología en la Universidad Católica Andrés Bello; así fui su alumno.

Dos palabras bastan para expresar, con precisión, lo que Antonio Cova era como profesional: Excelente profesor. Sus prácticas docentes respondían a este principio de Sócrates: "No puedo enseñar nada a nadie, solo los puedo hacer pensar".

El agudo observador

Sin duda, dominaba la literatura fundamental en sociología. Muchos años después de haber sido sus alumnos, aún recuerdan sus disertaciones sobre autores clásicos como Max Weber, Talcott Parsons y Robert Merton. Lo recuerdan porque, como pocos, lograba que pudieran vincular las propuestas de esos autores con la dinámica social de la cual eran parte. Lo hacía con absoluta facilidad porque era un agudo observador de la cotidianidad en la cual estamos sumergidos y despertaba en otros la disposición y capacidad para escudriñar tradiciones, hábitos y costumbres, rasgos sociales que, por ser omnipresentes, suelen ser tomados por obvios o insignificantes.

En rigor, podemos decir que Antonio era un antropólogo social de su propia cultura. Por eso, con frecuencia, se refería a conductas muy concretas como anhelos, aspiraciones, costumbres, vocabulario, modismos, chistes y maneras de interactuar de diferentes grupos, generaciones o estratos sociales.

El comunicador efectivo

Con gran facilidad, Antonio captaba la atención de su audiencia como profesor, conferencista o entrevistado por radio o televisión. Hablaba con especial habilidad para llegarle a la audiencia a que se dirigía, se hacía entender por grupos o personas con orígenes sociales o profesionales diferentes. Hablaba como sociólogo con personas o audiencias con alguna formación en ciencias sociales. Pero, al dirigirse a otras audiencias sin esa formación o sin formación universitaria, también se hacía entender con facilidad. Unas cuantas veces me percaté que, al hablarle a esas audiencias, tenía en mente nociones o planteamientos de la sociología, pero los aplicaba con particular eficacia al tema tratado sin utilizar tecnicismos o jergas propias del especialista. Observé que sobre un mismo tema podía despertar el interés de los estudiantes de sociología en la UCAB, el de los ingenieros que cursaban la Maestría en Administración en el IESA o a la muy amplia y diversa audiencia_de un programa de radio o televisión. En todos estimulaba la reflexión sobre la cotidianidad de cada quien o sobre lo que ocurría en el país.

Venezolano a carta cabal

Sin duda, en sus análisis la realidad de su país y la preocupación por el futuro ocupaban un lugar muy especial. Por eso por frecuencia lo invitaban a dar charlas y entrevistas sobre el país, ocasiones en las cuales hablaba con argumentos expuestos con no disimulada emoción…, lo que hacía aún más convincente su argumentación.

El generoso intelectual

La conducta de Antonio respondía a esta exigencia, expresada de manera tajante, por Miguel de Unamuno: "Es detestable esa avaricia espiritual que tienen los que, sabiendo algo, no procuran la transmisión de sus conocimientos".

*Ramón Piñango es sociólogo, Universidad Católica Andrés Bello (1965). Maestría en la Universidad de Chicago (1967). Doctor en Educación de la Universidad de Harvard (1981). Profesor emérito del IESA, donde se inició en 1979. Coautor con Moisés Naím de *El caso Venezuela, una ilusión de armonía*. Coeditor con Asdrúbal Baptista y José Balza de *Suma del pensar venezolano*. Fundación Polar. Premio Henrique Otero Vizcarrondo, **El Nacional**, 1996, por el artículo: "Un país sin élites".

Testimonios de sus alumnos

Esa generosidad, de la cual muchos fuimos testigos, es reconocida en los siguientes testimonios, por demás significativos, de varias generaciones de sociólogos egresados de la Universidad Católica Andrés Bello:

José Mayora, promoción 1971

¿Antonio Cova era profesor o amigo? Dilema difícil de elucidar. Fui su alumno en un momento en el cual las ciencias sociales eran, para mí, una aproximación intelectual de alto coturno. Nunca imaginé, que después de ese encuentro, y gracias a su generosidad intelectual, estas ciencias se me transformarían en una manera de ser: de observar, de escuchar y de expresar. Pero su docencia no se quedó allí, dio un paso más y se transformó en una eterna amistad, en la que nunca dejó de ser docente. Los verdaderos docentes nunca se olvidan, porque nunca olvidas todo lo que aprendiste, a través del amigo.

Luis Luengo, promoción 1988

Cova era un apasionado por su país. Eso sí, lejos de posturas chauvinistas o localistas, al contrario, fue un intelectual que siempre tuvo la mirada en el contexto global, no concebía un análisis de la realidad nacional que dejara por fuera las influencias mundiales y siempre estaba ávido y al día sobre corrientes, teorías y trabajos producidos en los principales centros del conocimiento. No concebía el estudio de la sociedad venezolana desde un postura aséptica o pasiva, cual documentalista de la vida salvaje, al contrario: investigaba, analizaba y participaba con ánimo de incidencia. En términos deportivos, "sudó la camiseta". Tuvo entonces la oportunidad de conjugar en su quehacer cotidiano (algo que pocos logran), conocimiento, enseñanza y el anhelo de aportar en la construcción de un mejor país. Fue un profesor que trataba denodadamente que sus alumnos lograran su potencial con una gran generosidad, siempre presto para las consultas y orientaciones, las lecturas compartidas y los debates formativos. Gracias por tanto, profesor.

Sandra Yajure, promoción 1999

Recuerdo claramente en mis primeros años de universidad que estudiantes de otras carreras entraban al salón para escuchar sus clases magistrales de Sociología I o II. Eran clases donde siempre colocaba en contexto las teorías de los grandes pensadores franceses o ingleses o norteamericanos.

Carlos Peña, promoción 2013

Sin saberlo o quizás sabiéndolo perfectamente, lograba sedimentar el conocimiento que impartía en sus clases a punta de risas, chistes, anécdotas. Y es que recordar sus ejemplos nos transporta inmediatamente a los textos de Weber, Durkheim, Marx, Parsons, Merton. Es que indudablemente, quizás sin darnos cuenta, con cada risa que nos lograba sacar, iba esculpiendo a la vez con mano fina a los profesionales del futuro, iba dejándonos secretamente su legado, iba moldeando pacientemente a la Venezuela que soñaba con ver e impartiendo con seguridad la fuerza de su conocimiento.

Hiciste con el don de tu oratoria todo lo que te propusiste. Ahora tienes incontables nietos que van como los apóstoles pregonando tus enseñanzas. Queda de parte de nosotros recordarte de la manera que más te hubiera gustado, haciendo de las ciencias sociales, una forma de vida tan única, que nos moviera a decir con firmeza, que si volviéramos a nacer, sin dudarlo, volveríamos a ser sociólogos, industriólogos, volveríamos a ser tus alumnos. Gracias por todo y por tanto.

***

Por su fecunda trayectoria como profesor, reflejada en testimonios como estos no hay duda de que el mejor homenaje que le podemos hacer a Antonio es reconocerle que fue un excelente maestro comprometido con su país.

Recordando a Antonio

"Fue en una Escuela que contaba con este cuerpo docente donde tuve la oportunidad de beneficiarme de un profesor que impartía clases con una pasión inspiradora, que podía enriquecer la teoría social con la abrumadora cultura que poseía"

FRANCISCO COELLO

Escribir una reseña sobre Antonio Cova no solo es un reto, sino que se me hace extraño. Lo digo porque en este momento quisiera recordarlo (estoy seguro que él también) en compañía de colegas que fuimos sus discípulos, en el patio de una casa, compartiendo el saco de anécdotas que cada uno de nosotros atesora. Sus dotes para expresarse, los consejos, los chistes, las recomendaciones bibliográficas, sus clases y las carcajadas estruendosas con las que solía rematar sus cuentos.

En vista de que eso no será posible por ahora, aunque espero que ocurra, quisiera dejar testimonio del profesor que fue para mí.

Comprender a alguien siempre va de la mano de conocer su contexto, para el caso que nos ocupa es imprescindible recordar la Escuela de Ciencias Sociales que me encontré en 1978. Más allá de la época, la Venezuela que éramos, lo importante es referirse al hecho de que Antonio se destacó en una Escuela plagada de docentes excepcionales. Por ello, su desempeño cobra especial valor cuando lo asociamos con una lista difícil de repetir.

De memoria, y sin que el orden signifique ninguna preferencia, puedo mencionar a José Ignacio Rey, Mikel de Viana, Clemy Machado, Ignacio Arrieta, Rafael Baquedano, Hildebrando Barrios, Mercedes Pulido, Alberto Grusson, Thamara Hannot, Jesús María Aguirre, Maritza Izaguirre, Marcelino Bisbal, Luis Ugalde, Arturo Sosa. No se diga más.

Fue en una Escuela que contaba con este cuerpo docente donde tuve la oportunidad de beneficiarme de un profesor que impartía clases con una pasión inspiradora, que podía enriquecer la teoría social con la abrumadora cultura que poseía. Y, al mismo tiempo, combinar el teatro, el cine, la historia o las anécdotas cotidianas. Antonio Cova no solo brindaba excelentes clases, adicionalmente te movía para saber más, leer los libros que recomendaba o ahondar en temas que iban más allá del "programa de la materia". Todo ello con el talento para condimentar lo anterior con un inagotable sentido del humor.

Cuando ingresé a la Escuela de Ciencias Sociales en calidad de profesor, tuve el privilegio de contar con sus consejos, análisis y recomendaciones. Conversaciones sobre política, sociología, arte y su pasión por el país. En ocasiones, en esos intercambios se sumaba nada menos que Mercedes Pulido. Y entonces aquello se convertía en un festín de conocimientos, recuerdos memorables y hasta de chismes suculentos. Provocaba pasar por la Escuela para tener la oportunidad de encuentros como esos.

Durante ese tiempo, aproveché al máximo esos momentos y logré dirigirme a él como Antonio. No fue fácil dejar atrás al profesor Cova, pero su personalidad ayudó a nombrarlo por su primer nombre y lograr un mayor acercamiento intelectual y afectivo. Uno que se traducía en una suerte de complicidad amable en torno a las grandes pasiones: las ciencias sociales y la cultura. Antonio tuvo la gentileza y generosidad de obsequiarme libros que guardo con especial valoración. No se trataba de cualquier texto porque, como un buen día me dijo en la ocasión de entregarme uno de ellos, "hay libros que se leen para dar clases, otros se leen para ser profesor".

Antonio, junto con aquel memorable equipo profesoral, nos marcó en muchos sentidos que difícilmente pueden resumirse aquí. Como muestra, quiero recordar algo de su última clase de la carrera. Con ese motivo, sus alumnos le pedimos unas *palabras de cierre,* que mi memoria reconstruye así: "Aférrense a la lucidez que les proporciona la sociología, no se embrutezcan con la rutina de la sobrevivencia (lean, vayan al cine y al teatro) y sobre todo nunca pierdan la capacidad de reírse de ustedes mismos".

Debo decir que cada vez que me he alejado de ese consejo no me ha ido nada bien, por eso vuelvo una y otra vez a esa última clase y a todo lo que la antecedió.

*Francisco Coello es sociólogo, profesor universitario y coordinador de Proyectos Sociales de la Universidad Católica Andrés Bello.

HOMENAJE >> ANTONIO COVA MADURO (1939-2013)

Mi amigo Antonio Cova

"En 1962 Antonio viajó a Estados Unidos para hacer estudios de posgrado en Berkeley. Mantuvimos una periódica correspondencia, siempre inspirada en la situación del país y el rol del catolicismo diferente del pensamiento político social cristiano. En las fechas de las cartas, Antonio ponía el santo del día. Por ejemplo, el 21 de diciembre era la fiesta de Santo Tomás Apóstol y el 31 de enero la de San Juan Bosco"

LEONARDO AZPARREN GIMÉNEZ

En septiembre de 1961 llegué a Caracas para estudiar Filosofía en la Universidad Central de Venezuela. Un bachiller formado en el colegio La Salle y en el liceo Lisandro Alvarado de Barquisimeto. En primer lugar con Elena González Baldó, en una Facultad de Humanidades y Educación en la que prevalecía el pensamiento marxista y, en general, no religioso. Meses después me invitaron a formar parte de la plancha que se preparaba para las elecciones del centro de estudiantes, a lo que me negué porque tenía alguna relación con militantes del partido Copei. Les dije que era católico, pero no tenía sintonía con ese partido. Eran los años del Concilio Vaticano II y de la renovación de pensamientos y posturas de apertura al mundo por parte del catolicismo.

Elena, quien estaba a mitad de carrera, captó mi postura y me dijo que quería presentarme unos amigos. Días después se dio el encuentro en los espacios de nuestra facultad y conocí a Antonio Cova y a Ramón Piñango, amigos indispensables en mi vida hasta el día de hoy. Apelo a una sentencia vital de Isaac Chocrón: ambos forman parte de mi familia elegida.

En los meses siguientes nos vimos con frecuencia, algunas veces para asistir a reuniones de formación. Antonio me buscada donde yo vivía en la Candelaria e íbamos al sitio de las reuniones. Gracias a él comencé a conocer gente distinta, católicos de mente abierta y sacerdotes similares, entre ellos a Hermann González S. J. y Ovidio Pérez Morales. También, gracias a Antonio, descubrí la librería Nuevo Orden. Él y Ramón me hicieron conocer a escritores católicos contemporáneos, en especial a Emmanuel Mounier, director-fundador de la revista *Esprit*, cuyo lema era "Contra el desorden establecido". Mounier es el más importante pensador católico francés, cuya comprensión social de la época lo colocó en la vanguardia de la renovación católica del concilio.

En 1962 Antonio viajó a Estados Unidos para hacer estudios de posgrado en Berkeley. Mantuvimos una periódica correspondencia, siempre inspirada en la situación del país y el rol del catolicismo diferente del pensamiento político social cristiano. En las fechas de las cartas, Antonio ponía el santo del día. Por ejemplo, el 21 de diciembre era la fiesta de Santo Tomás Apóstol y el 31 de enero la de San Juan Bosco, "un tipo interesante, aunque lamentablemente no sus descendientes", acotó.

Eran tiempos de grandes discusiones por la renovación que tocaba las puertas en el espíritu del concilio, en una Venezuela democrática acosada por fuerzas radicales inspiradas en la revolución cubana. En carta del 21 de diciembre de 1964 me comentó: "Los católicos progresistas deberían trabajar porque estos nuevos aires en nuestra débil y vetusta iglesia venezolana, no sean pasados a las 'calendas griegas' por la gente 'bienpensante'". Fue una preocupación y un interés siempre presentes en nuestra correspondencia y en nuestros encuentros a lo largo de los años. Pero en la década de los sesenta del siglo pasado era un tema urgente por los grandes cambios políticos que experimentábamos. Alguna vez comentó: "¡Venezolanos y católicos, imagínate qué mezcla! Católicos que tienen que presentar a Cristo en nuestra Venezuela de 1965…, católicos que sientan lo trágico de la situación actual de nuestro país y que, sin amarguras y sin estar encontrando sambenitos entre todos los demás, se lancen a hacer algo."

Cuando regresó a mediados de 1966 yo tenía varios meses largos casado y vivía en una pensión frente al Ateneo de Caracas. Nos reencontramos y la amistad se amplió porque Herminia y yo conocimos a su familia, en primer lugar a doña Socorro, madre ejemplar y mujer de temple, y a Gladys, Arnoldo e Ivonne sus hermanos. Su casa fue punto de encuentro frecuente en un excelente ambiente familiar. Un día, a comienzos de 1967, Antonio se presentó en la pensión y me entregó un juego de llaves. Me dijo que eran de un apartamento que había comprado y que me podía ir a vivir en él y yo decidiría cuánto podía pagarle. Allí estuvimos hasta comienzos de 1971.

A mediados de 1970, cuando iba a nacer nuestro segundo hijo, se presentó en la clínica: "Como tú no eres de esos papás que le ponen su nombre a su hijo, aquí tienes una lista de nombres". Resultó ser Juan Javier.

La política siempre nos acompañó sin tener vínculos comprometidos con partido alguno; pero sí con perenne conciencia de los problemas ideológicos implicados en la política venezolana. Yo, siempre de tendencia solitaria, gracias a Antonio comencé a conocer gente: Mercedes Pulido, Néstor Coll, Pedro Raúl Villasmil y otros, quienes apostaban por la renovación política del país más allá de lo que planteaban los principales partidos políticos. A finales de la década de los sesenta las posiciones políticas se consolidaron y llegó a hablarse de la izquierda cristiana.

ANTONIO COVA MADURO / ©ANTONELLA PALUMBO

Hubo un paréntesis en nuestros encuentros cuando a mediados de 1971 viajé a Hungría como segundo secretario de nuestra embajada en ese país. Pero en algún momento Antonio nos visitó, aprovechando un viaje que tenía a Roma por destino, creo en misión por algún asunto de la Universidad Católica Andrés Bello donde fue profesor hasta el final.

De regreso al país a finales de 1976 retomamos nuestros contactos, estables a lo largo del tiempo hasta hace diez años. Antonio nunca nos exigió algo a Herminia y a mí. En mi biblioteca tengo cerca de veinte libros por él dedicados; principalmente sobre Grecia clásica, consciente él de que mi cátedra en la Universidad Central de Venezuela era el teatro griego clásico; pero también sobre asuntos políticos como la revolución francesa o una biografía de Carlos Marx por Franz Mehring. En todas las dedicatorias firmó: "Antonio Thamara y Sebastián".

La dinámica social y política en el nuevo siglo hizo que nuestros encuentros fueran más esporádicos. Antonio era un personaje público invitado frecuente de algunos programas de radio y televisión y yo más dedicado a mis investigaciones sobre teatro griego y teatro venezolano. Siempre pendientes de lo que nos pasaba y padecíamos los venezolanos. Las reuniones, que durante años se hicieron en la casa de su madre, doña Socorro, se mudaron para su residencia con el mismo grupo de familiares y amigos.

Algunas veces se espaciaban nuestros encuentros personales, pero manteníamos el telefónico. El régimen militarista con el que se inició el siglo XXI nos confirmó en algunas de las ideas que teníamos de antaño: nuestro país estaba en una encrucijada después de haber vivido varias décadas en las que creímos que tuvimos una "ilusión de armonía", como años antes habían diagnosticado Moisés Naím y Ramón Piñango.

Antes de su muerte pasaron varios meses sin vernos, cada quien sumergido en sus avatares. Pero siempre presente, como lo seguirá estando, en Herminia y en mí.

*Leonardo Azparren Giménez es profesor titular de Teatro Griego y Teatro Venezolano en la Universidad Central de Venezuela. Miembro de la Academia Venezolana de la Lengua. Premio de investigación teatral Armando Discépolo de la Universidad de Buenos Aires.

¿Cómo será tener al profe como tu papá?

"mi papá se dedicó a lograr que me interesara por el mundo y sus problemas, invitándome a sentarme con él frente al televisor, no solo para ver la serie de la semana y comentarla, sino también a la hora de los noticieros, deteniéndose siempre con algún comentario contextualizador que ampliara mi experiencia mucho más allá de los transmitido en la pantalla"

SEBASTIÁN COVA

Escribo estas líneas al calor de la guerra abierta que ha estallado en la franja de Gaza y que viene a sumarse a la que, más al norte, lleva ya año y medio entre Ucrania y Rusia.

Un poco más cerca y con mucho menos sangre, sigo con atención la "guerra" que se ha desatado al interior del Partido Republicano que, con escaso margen, controla la Cámara de Representantes del Congreso de los Estados Unidos de América y que se ha quedado, por primera vez en su historia, sin un Vocero de la Mayoría.

Aquí en nuestro país veo cómo Enrique Capriles se retira de las primarias opositoras en las que todo parece indicar que la ganadora será María Corina Machado, pese a que se halla inhabilitada para competir en las elecciones presidenciales.

Todo lo anterior acontece en un marco de inflación mundial y temperaturas que rompen récords históricos, de teorías de la conspiración que, por más esquizofrénicas que sean, no dejan de ser seguidas por millones, y de una incapacidad creciente de conducir debates o negociaciones racionales porque hoy en día la opinión pública está signada por unas redes sociales en donde la gente quiere ser más papista que el papa…

Yo veo y analizo las escenas arriba descritas, tratando de entender el porqué de lo sucedido y, sobre todo, de prever a lo que nos conducirá, echándole mucha cabeza pero lamentando que no cuento con la compañía y ayuda del profesor Antonio Cova, mi papá.

Y es que en estos diez años desde que lo perdí, no ha ocurrido un solo acontecimiento mundial que no me hiciera querer debatirlo con la persona que sembró en mí el interés por la historia y su errático devenir, la persona que cuando descubrió que, a mis tiernos 12 años, me había vuelto fanático de algunas películas como *Rambo* y otras inspiradas en la guerra de Vietnam, tomó de una de las muchas bibliotecas de la casa un enorme atlas geográfico para explicarme por qué los Estados Unidos se había metido en aquel berenjenal.

Desde muy joven, mis padres, académicos ambos, me enseñaron a pensar críticamente y a que hiciera el esfuerzo por ponerme siempre en los zapatos del otro, de modo de poder entender por qué la gente actuaba como lo hace; pero mientras mi mamá se enfocaba más en el aspecto ético de mi formación, mi papá se dedicó a lograr que me interesara por el mundo y sus problemas, invitándome a sentarme con él frente al televisor, no solo para ver la serie de la semana y comentarla, sino también a la hora de los noticieros, deteniéndose siempre con algún comentario contextualizador que ampliara mi experiencia mucho más allá de los transmitido en la pantalla.

Desde muy pequeño crecí acostumbrado a la frase inquisitiva "¿cómo será tener al profe como tu papá?" y la verdad es que no sé si aún ahora pueda responderla, porque para mí era simplemente mi papá y ya, sin consciencia alguna de que, aparentemente, fuese distinto a la media. Creo sinceramente que, como la inmensa mayoría, solo hizo lo que pudo y lo que le salió natural, quizá con la suerte de que lo que le salía natural era, precisamente, transmitir conocimiento o, más importante aún, el querer aprender y a tener la mente siempre dispuesta a la reflexión y el análisis. Esas son las cosas que me enseñó como padre, sin darnos cuenta de que eran las cosas que enseñaba también en clase.

Podría concluir diciendo que es debido a eso que lo extraño tanto y que no pasa un solo día en que no lo recuerde con melancolía. Y quizá haya algo de esa falta de guiatura intelectual, esa sensación de orfandad que uno siente cuando sale al mundo solo y ya no tiene consigo a los maestros que nos enseñaron a resolver problemas durante el período formativo, sí; pero lo cierto es que simplemente lo extraño porque era mi papá… ¡Y ya!

*Sebastián Cova H. es politólogo, crítico de cine y cofundador del Círculo de Críticos de Cine de Venezuela.

HOMENAJE >> ANTONIO COVA MADURO (1939-2013)

¿Quién puede olvidar a Antonio Cova?

"Para explicarle eso y lo que yo había vivido en mis visitas a la Alemania comunista, la DDR, donde vivían muchos de mis parientes, me invitó en varias oportunidades a acompañarlo en sus clases, cuando trataba el tema de las dos Alemanias, la caída del muro y de la Alemania de hoy"

ANTONIO COVA MADURO / ©MANUEL SARDÁ

ARNO ERDMANN

Recordar a Antonio es recordar a un profesor nato. Personalmente no fui su alumno en la universidad. Pero fui su vecino y amigo. Viví y disfruté de los coloquios, de las tertulias y de sus clases magistrales.

Las mejores conversas se daban, cuando los dos coincidíamos llegando a casa. Y él, con una idea o pregunta en mente, me decía (lo escucho como si fuese hoy) "¡Aaarno!". Y nos quedábamos conversando e intercambiando ideas como los sofistas, bueno, al menos así me imagino que fueron las conversas de los sofistas y contemporáneos de Sócrates. Los sofistas se dedicaban a enseñar sus conocimientos con fines prácticos. A Antonio le gustaban los sofismas en sus razonamientos.

Cuántas veces no me contaba de sus estudios en Berkeley, de las cartas que le escribía a su mamá y que llegaban semanalmente puntales, en ese entonces con el servicio de correo que luego se convirtió en 1978 en el Instituto Postal Telegráfico de Venezuela. Era el único intercambio con los familiares a distancia y Antonio disfrutaba escribirle a su mamá sobre todo lo que estudiaba, leía y discutía con sus profesores y amigos de clase. Este tiempo dejó en él una huella profunda para ser docente y le dio un olfato especial de cómo y en qué dirección se estaba desarrollando su país.

Antonio previó, mucho antes de lo que otros podían visualizar, desde antes de la llegada de Chávez, y mucho más cuando este ya había llegado al poder, a dónde se dirigía su querida patria.

Y un día –yo aún no había escuchado la noticia–, como siempre llegando a casa, él me preguntó qué sabía yo del recién fundado PSUV y lo que significaba el nombre. De una vez me hizo la observación, como veterano analista político, que eso era igualito a lo que había pasado en la DDR, en la extinta Alemania comunista, o como ellos mismos la llamaban: Alemania Democrática, la DDR (Deutsche Demokratische Republik), la Alemania que con su cortina de hierro dividía el mundo occidental y oriental, que eso era lo mismo con la SED: Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, el Partido Socialista Unido Alemán.

Proféticamente pronosticó lo que iría a pasar en Venezuela y lo seguimos sufriendo hasta el día de hoy.

Para explicarle eso y lo que yo había vivido en mis visitas a la Alemania comunista, la DDR, donde vivían muchos de mis parientes, me invitó en varias oportunidades a acompañarlo en sus clases, cuando trataba el tema de las dos Alemanias, la caída del muro y de la Alemania de hoy.

¡Pero lo más emocionante para mí era –como teólogo luterano, pero que había asistido al colegio Javier de los Jesuitas en Barquisimeto– dialogar, discutir e intercambiar ideas teológicas con él! Él tenía como sociólogo un profundo conocimiento teológico católico. Pero también ese profundo conocimiento de la teología protestante, luterana y ecuménica con su historia, siendo él un hombre de fe de la confesión católica romana.

Cuando dialogábamos, siempre me impresionaba lo bien que él entendía la doctrina luterana y su centro teológico, como lo redactó y declaró Martin Lutero: "¡El justo vivirá por la fe!". Yo hoy con humor le diría: "¡Me pareces un cripto luterano!" y seguro que él se reiría conmigo.

Pero lo que más le impactó de Lutero y siempre quería que yo se lo repitiera: "¡Aaarno! ¿Cómo se pronuncia en alemán lo que reiteró Lutero ante el emperador Carlos V en Worms, cuando le exigieron que se retractara de lo que había escrito en sus 95 tesis en Wittenberg, y que fue el comienzo de la Reforma en el siglo 16?".

¡Hier stehe ich und kann nicht anders! (¡Aquí estoy y no puedo de otra manera!).

Eso era como el lema de su vida también: "¡Aquí estoy y tengo que expresar, tengo que decir o escribir lo que pienso!". Y así lo hacía en sus clases, en las entrevistas en la radio o televisión y en sus columnas semanales de los periódicos.

Nunca olvidó cuándo falleció su suegro y escribió sobre él en su columna semanal: "Llegaron para quedarse!". Sus suegros emigraron a Venezuela desde Cuba, y Venezuela los acogió, los albergó e hizo de esta su casa y hogar.

Él no tuvo que vivir cómo esta tierra de gracia llegó más y más a ser tierra de desgracia. Él no tuvo que vivir y sufrir el éxodo de los venezolanos al exterior, que son más de 6 millones (por lo menos) a muchos países del mundo.

Y cómo es la adversidad, la ironía de la historia: ya son más de 70 mil venezolanos que emigraron a Alemania en los últimos años, y que hoy los ubican en lo que fue la Alemania comunista. Y llegaron a Alemania para, al menos por ahora, no volver.

Antonio tampoco vio las aulas casi vacías de la universidad, ni los miles de venezolanos atravesando la selva del Darién o intentando cruzar el río Bravo para llegar a Estados Unidos.

Esta ironía de la historia, esta tragedia, como a Lutero, lo hubiese comprometido aún más con sus ideas, e, igual que aquel, hubiese repetido: "Aquí estoy y no puedo de otra manera". "Por eso tengo que expresar, tengo que decir y escribir lo que pienso".

Antonio siempre te recordaremos.

*Walter Arno Erdmann es licenciado en Teología, Göttingen, Alemania. En 1992 realizó su ordenación pastoral. Es presidente de la Asociación Cultural Humboldt, presidente de la Iglesia La Resurrección de Caracas y director de Beconsult.

Frente a la posverdad, espíritu crítico

"El concepto de poder es fundamental para entender la posverdad, ya que el manipulador ejerce un poder sobre los manipulados por medio de la persuasión de sus palabras. Para que esto suceda, debe esconder sus intenciones personales y verdaderas detrás de una máscara. A esta máscara la llamaremos metáfora"

AGUSTÍN JOEL FERNANDES CABAL

En los últimos años la posverdad ha sido uno de los conceptos más analizados en los medios de comunicación de todo el mundo. Periodistas, especialistas en comunicación, filósofos y comentaristas varios han pasado por los platós discutiendo de qué va este fenómeno que está afectando la vida política y que amenaza a las democracias más firmes y respetadas, como Estados Unidos o Gran Bretaña, o democracias jóvenes como Argentina o España.

El Brexit es uno de los procesos donde se puede ver la distorsión que generan los bulos (*fake news*) y la posverdad. En su libro *Post-truth*, Lee McIntyre cuenta que en las calles londinenses se paseaban los autobuses con propaganda a favor del quiebre con la Unión Europea en la que rezaban afirmaciones como "La Unión Europea utiliza los impuestos de los británicos para financiar las corridas de toros en España".

Con estas estrategias, los partidarios del Brexit fueron convenciendo a la población de que la mejor opción era la salida de la UE; y así se reflejó en las urnas. Un proceso tan complejo como este no se explica solo desde la arista de la posverdad, pero su contribución fue crucial.

Diferencias entre bulos y posverdad

Para adentrarnos un poco en el concepto de posverdad en sí, es importante afirmar que los bulos, o las noticias falsas, y la posverdad, no son lo mismo. Los primeros pueden ser una noticia o un dato verosímil, y que parece o podría ser cierta, pero no lo es. El acto de producir o compartir una noticia falsa no es necesariamente doloso: puede ser simplemente un error.

Diferenciar entre verdadero y verosímil es muy importante, ya que podemos encontrar informaciones que podrían ser verdad, que son creíbles, pero que no son verdad. Esto ayuda a confundir y dejarnos llevar por la verosimilitud de la información. En muchos casos también es mal periodismo, a partir de un periodista que afirma algo que no tiene ciertamente comprobado y, como los periodistas "velan" por la verdad informativa, se pueden transformar en fáciles comunicadores de noticias falsas.

Por otro lado, la posverdad es un proceso complejo en el que coinciden distintas acciones, y su principal requerimiento es la intención de desinformar por parte del emisor del mensaje. El rumor funciona similar a la posverdad, pero con la salvedad de que en el rumor predomina el error de la información, mientras con la posverdad predomina la intención de desinformar. No hay error, hay voluntad de engañar.

Posverdad y poder

El concepto de poder es fundamental para entender la posverdad, ya que el manipulador ejerce un poder sobre los manipulados por medio de la persuasión de sus palabras. Para que esto suceda, debe esconder sus intenciones personales y verdaderas detrás de una máscara. A esta máscara la llamaremos metáfora.

La metáfora es una herramienta lingüística que utilizamos constantemente. Su fin principal es dar nuevo sentido a un concepto original que se encuentra desgastado o muerto. Así lo manifiesta el filósofo Paul Ricoeur en su obra *La metáfora viva*: la utilización de metáforas funciona cuando el sentido mismo se encuentra desgastado y, para reforzarlo, requerimos a esta herramienta para que el concepto en sí no muera.

Ocultar la intención

Por ejemplo: imaginemos alguna de las clásicas frases hechas que se dicen cotidianamente pero que son utilizadas como metáfora. La frase "dar gato por liebre" es una común metáfora que se utiliza para expresar que alguien nos ha engañado. Para expresar ese sentimiento con más fuerza preferimos mencionar tal frase a decir sencillamente "me han engañado".

Así como existen las metáforas para ilustrar conceptos muertos o desgastados (como en el ejemplo anterior, "me han engañado", cuyo desgaste ha dado lugar a la metáfora de "dar gato por liebre"), la posverdad utiliza la herramienta de la metáfora para que la intención verdadera del emisor de tal desinformación se oculte detrás de un nuevo concepto.

Volviendo al ejemplo del Brexit, la frase expuesta en los buses sobre el dinero que iría hacia la tauromaquia en España es una metáfora de la expresión "Europa nos roba", utilizada recurrentemente por los británicos en favor del Brexit. Al mismo tiempo, esta frase funciona como una metáfora de las verdaderas intenciones de los precursores de dicho movimiento político. Podríamos decir que la posverdad funciona aquí como una meta-metáfora de las intenciones finales de quienes apoyan el Brexit.

La importancia del periodismo

Es básica la importancia que tiene el periodismo –el buen periodismo– en la lucha contra la posverdad. Al ser una institución con acceso privilegiado a la información, a los mayores estratos del poder mundial, y con una capacidad especial en el manejo de los datos que suceden en la realidad mundial, el periodismo está obligado a dar batalla contra este mal y tratar de derribar las noticias falsas que se instalan en el ideario popular a través de los datos y de la información.

Pese a ser un efecto que parece imposible frenar, la sociedad dispone de un arma extremadamente poderosa: el espíritu crítico. Si a la hora de informarnos lo hacemos con el fin de buscar nueva información, y no de reafirmar nuestros pensamientos y sentimientos preexistentes, no hay posverdad ni poder manipulador que pueda derribar el poder del verdadero espíritu crítico de quien, a partir de esa información, va moldeando su pensamiento y su espíritu crítico.

Si la sociedad está abierta a repensar sus ideas leyendo o escuchando a personas que piensan distinto que uno, es imposible que la posverdad nos manipule y nos haga el daño que busca hacer.

Aunque no podamos creerlo, la clave está en nosotros. Hagámoslo posible.

* El ensayo de Agustín Joel Fernandes Cabal, investigador de la Universidad de Santiago de Compostela, apareció publicado en el portal *The Conversation*, el 5 de mayo de 2021.

PENSAMIENTO >> HILDA SABATO EN CARACAS

Las repúblicas terrenas. Hispanoamérica en el siglo XIX[1]

El que sigue es el texto de la conferencia inaugural pronunciada en ocasión del Seminario Internacional "Pensar las repúblicas. De la res-pública cristiana a la república liberal democrática (1800-1848)", celebrado en Caracas los días 27 y 28 de septiembre de 2023, en la sede de la Universidad Católica Andrés Bello. Hilda Sabato (1947, Argentina) es historiadora, profesora titular de la Universidad de Buenos Aires –UBA–, e investigadora del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Técnicas –Conicet.

HILDA SABATO / FERNANDO DE LA ORDEN – DIARIO CLARÍN

HILDA SABATO

1.

La convocatoria a "pensar las repúblicas" es particularmente relevante en este presente tan complicado para nuestra región y, frente a un futuro incierto, nos invita a mirar hacia atrás, a revisitar un período particular de nuestras comunidades políticas, el de la formación de esas repúblicas en el siglo XIX que, no por estudiado, deja de plantearnos dilemas e interrogantes. Y lo haremos, según promete el atractivo programa del encuentro, en "modo historiador", es decir, no para encontrar un huevo de la serpiente o descubrir hilos conductores que expliquen nuestras tribulaciones actuales en función de algún pecado original, sino como aventura de conocimiento, que alimente preguntas y reflexiones sobre la república en el largo plazo.

El tema es inmenso y si bien el subtítulo del encuentro introduce límites bastante precisos –"De la res-publica cristiana a la república liberal democrática (1800-1848)"–, aquí me voy a permitir salir un poco de ese encuadre, tanto en términos temporales como de caracterización conceptual. Me interesa proponer una lectura de lo que llamo el experimento político republicano en Hispanoamérica, con inicio en las primeras décadas que siguieron a las independencias y cambio de rumbo hacia el último cuarto del siglo XIX. El foco estará puesto en las formas de funcionamiento político de las repúblicas en construcción, que por cierto encontraban inspiración y anclaje en el mundo de las ideas, pero que no se derivaban directamente de ellas ni les eran subsidiarias. De ahí el título, poco original por cierto, de esta presentación: "Las repúblicas terrenas", en contraste con la ya mítica formulación crítica bolivariana de "repúblicas aéreas". Cómo funcionó el republicanismo real (para usar otro anacronismo) es mi pregunta conductora. Y desde ese punto de vista, encuentro un panorama de gran diversidad a lo largo de las cinco décadas consideradas, donde se entrecruzan y ponen en disputa diferentes propuestas teóricas para estas repúblicas. Me resulta difícil así encontrar un tránsito claro en la primera mitad del siglo entre la matriz católica y la liberal, pues una y otra se contraponen, pero también se superponen y articulan de maneras muy diversas a lo largo de todo el siglo. Sobre ese fondo tan heterogéneo y conflictivo, se descubre sin embargo un conjunto de normas, instituciones y prácticas políticas bastante similares a lo largo y a lo ancho de Hispanoamérica entre las décadas de 1820 y 1870/80, que constituyen ese experimento terreno en el que quisiera detenerme en lo que sigue.

De más está decir que solo me es posible hacer esta reflexión porque hoy contamos con una historiografía renovada que en las últimas tres décadas puso en cuestión algunas de las certidumbres más arraigadas respecto al carácter presumiblemente fallido de las experiencias políticas latinoamericanas del siglo XIX en relación con los modelos expectables de modernidad liberal, republicana o democrática provistos por los países del Norte. Imposible dar cuenta aquí de toda esta producción, a la que han contribuido la mayoría de los aquí presentes, entre otros, pero baste decir que las investigaciones e interpretaciones resultantes han cambiado radicalmente las visiones previas sobre el lugar que ocupa nuestra región en la historia de la modernidad política. Sobre esas bases, se apoya mi propuesta.

2.

Las independencias encontraron a la América antes española en medio de un confuso y desordenado período de cambio cuyo desenlace resultaba un enigma abierto para los protagonistas, que podían intentar incidir en destinos imaginarios deseables pero difícilmente pudieran cincelarlos a medida. No se trató de una historia lineal ni previsible, sino de procesos marcados por confrontaciones de palabras y de hecho entre quienes apostaban a soluciones diversas frente a la crisis imperial desencadenada en la primera década del siglo XIX. Finalmente, el triunfo de las posturas que abogaban por cortar definitivamente los vínculos coloniales con España despejó uno de los frentes de conflicto, pero profundizó otros, y en particular, la disputa en torno a la cuestión de la conformación de nuevas comunidades políticas en el escenario poscolonial.

La decisión por el autogobierno precipitó definiciones en materia de soberanías territoriales y de soberanía popular, dos dimensiones que pasaron a ocupar un lugar central en aquel escenario. Sabemos que la reacción inicial frente a la vacancia real fue la de exigir la retroversión de la soberanía a los "pueblos", esas comunidades presumiblemente naturales, unidas a la Monarquía por pactos de sujeción que podían reformularse en situaciones como la generada a partir de 1808. En cada rincón del territorio americano, los pueblos consagrados en el diseño institucional imperial y por la historia colonial, así como aquellos que ahora pretendían ese reconocimiento, reclamaron la reasunción de la soberanía, mientras que en las capitales virreinales las dirigencias revolucionarias insistían en una articulación territorial de mayor alcance. Esta situación habilitó una superposición de autoridades que pretendían ejercer su dominio sobre espacios en disputa, situación que se complicó aún más cuando los ejércitos insurgentes ejercieron su influencia sobre los espacios en que lograban desplazar a los españoles. Pero "los pueblos" que iniciaron la revolución no lograron sobrevivirla, y las nuevas comunidades políticas se conformaron según diseños y alcances territoriales diversos, para estabilizarse hacia la segunda mitad del siglo en un patrón de estados-nación que se mantuvo luego con escasas alteraciones. Este patrón no resultó de una simple sumatoria de los pueblos preexistentes sino de articulaciones entre lo viejo y lo nuevo en formatos originales, luego de agudos conflictos por delinear los límites externos de cada nación en construcción, así como por definir las jerarquías y ordenamientos internos –que hoy podemos identificar dentro de los parámetros clásicos de la confederación, la federación y la centralización unitaria, pero que entonces no reconocían casilleros tan precisos.

La segunda cuestión se vincula estrechamente con la primera y refiere al fundamento mismo del "modo de vivir en común" (según la conocida formulación de Pierre Rosanvallon) de quienes habitaban cada territorio. Desde muy temprano, la decisión por el autogobierno llevó a elegir el camino de la soberanía popular como fundamento de la comunidad política, en el que confluyeron diferentes tradiciones de pensamiento pero que implicaba, básicamente, el abandono de nociones del poder fundados en instancias trascendentes para adoptar una visión del mismo como constructo humano inmanente: la comunidad autoinstituida habría de crear sus propias reglas de convivencia y gobierno.

Esa opción vinculaba los procesos hispanoamericanos a las revoluciones atlánticas. Era una definición provocativa en un mundo en que predominaban los absolutismos, pero lo fue aún más cuando la región toda descartó la variante más temperada de esa deriva, la monarquía constitucional, para inclinarse, luego de arduas disputas, por formas republicanas de gobierno. Esa opción, ahora lo sabemos, se probó definitiva; a diferencia de la mayor parte de los regímenes europeos decimonónicos de ese signo, que tuvieron corta duración, las repúblicas americanas en su mayoría se han sostenido hasta hoy. A su vez, mientras en aquellos casos el régimen republicano se aplicó a comunidades previamente existentes bajo otros formatos, en Hispanoamérica, la república fue instituyente de las naciones que surgieron de la debacle imperial. Estas se conformaron sobre la base de la organización política, plasmada en buena medida en constituciones y estatutos que buscaron diseñar y anclar las flamantes comunidades imaginadas en normas e instituciones de inspiración republicana.

Claro que no había entonces, como no lo hay ahora, un modelo único de república ni existían recetas canónicas para darles forma, por lo que las repúblicas "terrenas", las realmente existentes, resultaron de un proceso de experimentación política formidable en todo el subcontinente, que llegó a movilizar a gran parte de su población. No obstante la gran variedad social y cultural y los vaivenes políticos en la región, es posible detectar rasgos y tendencias comunes en las muy diversas experiencias republicanas de la Hispanoamérica continental, lo que me ha llevado a indagar en esa historia de manera conjunta –con el riesgo de simplificación que implica, pero con el beneficio de sortear las historias nacionales para pensar una historia que fue, antes que la de una suma de naciones, la de una experiencia que las abarcó a todas aún antes de que supieran decir sus nombres. Me interno, a continuación, en esa historia.

3.

Ya el punto de llegada en tiempos de la independencia, la república, marca un desenlace compartido que no estaba predestinado, que resultó del triunfo de una alternativa frente a otras disponibles en toda la geografía continental, y que sorprende por su alcance. Y esa opción tuvo consecuencias, pues dio paso a una cesura política profunda con respecto al pasado anterior. El cambio en los fundamentos mismos del poder político impulsó el diseño de nuevas normativas y la creación de instituciones, a la vez que las viejas caducaban o adquirían nuevas valencias. La necesidad de redefinir el principio de autoridad y la autoridad misma en un contexto de conflictos y guerras cruzadas, y de una movilización inédita de sectores amplios de la población, dio intensidad a los procesos de construcción de comunidades políticas fundadas sobre criterios y jerarquías diferentes a las que habían caracterizado el orden político-social previo. Ese orden demostraría una resiliencia en algunos casos notable, pero aun así, debía funcionar superpuesto a los parámetros introducidos por la oleada republicana. Como observó con elocuencia el publicista colombiano José María Vergara y Vergara: "… llegó un día en que la Turbulenta Diosa de la República metió su mano… y lo removió todo."

> **"Las independencias encontraron a la América antes española en medio de un confuso y desordenado período de cambio"**

Desde el punto de vista normativo, la instauración de formas republicanas de gobierno trajo cambios decisivos en los valores y los principios de organización social. Frente a la estructura estamental y corporativa propia del Antiguo Régimen, fundada sobre privilegios y obligaciones, se proponía una comunidad de iguales cuyo fin último era la defensa de la libertad de cada uno y del conjunto. Más allá de cuán efectivo haya sido ese cambio, su puesta en marcha inauguró un tiempo de gran incertidumbre en relación a cómo crear poder, reconstituir la autoridad y dar forma a nuevas reglas de mando y obediencia requeridas para hacer efectivo el gobierno –en este caso, el autogobierno basado en el principio de la soberanía popular. Con ese objetivo, las élites revolucionarias hubieron de recurrir a lo que el historiador inglés Edmund Morgan ha llamado la "invención del pueblo", titular por definición del poder en primera instancia. No obstante las controversias conceptuales en torno a esa categoría y los conflictos concretos sobre su composición, lo cierto es que a partir de entonces el pueblo –como abstracción pero también como realidad material– ocupó un lugar central en la política. Y esta cambió de escala para involucrar, como ya ha mostrado una abundante historiografía, a hombres y mujeres de toda condición.

(Continúa en la página 7)

1 Por su carácter coloquial, el texto no incluye referencias bibliográficas ni notas al pie. El desarrollo argumental se apoya en mi libro reciente, *Repúblicas del Nuevo Mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX* (Taurus, 2021).

Las repúblicas terrenas. Hispanoamérica en el siglo XIX

(Viene de la página 6)

Para hacer operativa esta fórmula, a poco de andar pero no sin conflictos, se fueron descartando las formas más directas de ejercicio de la soberanía popular (como las asambleas y los cabildos abiertos, entre otras) para adoptar el sistema representativo que, aunque ajeno a la tradición del republicanismo clásico, ya se ensayaba en otras latitudes. Este sistema introducía una diferenciación fundamental entre el pueblo, origen de soberanía y fuente de poder, y el gobierno, emanado del mismo para ejercer el poder en su nombre. Esta diferenciación planteó un dilema de fondo que sobrevive hasta hoy: al establecer una distinción constitutiva entre gobernantes y gobernados produce una cesura en el seno del pueblo que contradice el principio de igualdad entre quienes integran la comunidad política. Ese dilema informó las preocupaciones de políticos e intelectuales del siglo XIX y las respuestas prácticas que ensayaron para poder gobernar, y sigue vigente hasta nuestros días. De todas maneras, desde ese momento la relación entre pueblo y gobierno, entre representados y representantes, constituyó el eje central de la vida política en las repúblicas. Para alcanzar, sostener, criticar, o impugnar el poder, quienes aspiraban a hacerlo debían recurrir a los gobernados, que así se involucraban en las competencias y disputas políticas de muy diversas maneras.

4.

Sobre esas bases, las comunidades políticas en formación diseñaron y pusieron en marcha normas e instituciones destinadas a construir formas republicanas representativas de organización y gobierno, así como los mecanismos prácticos que habrían de vincular a los gobernantes con los gobernados. No obstante la diversidad de regímenes que se ensayaron en la variada geografía hispanoamericana, es posible detectar caminos comunes de experimentación política y pautas compartidas en la implementación republicana de las décadas centrales del siglo XIX. Así, en todas partes, las elecciones fueron la clave de bóveda del nuevo sistema, como el único método legítimo a través del cual el pueblo consagraba a sus representantes. Se trataba de una innovación clave, para la que, a lo largo del período, se propusieron e instrumentaron diferentes reglas y formatos. Los contemporáneos recurrieron a los ejemplos de otras latitudes, pero a la vez innovaron y adaptaron, probaron y reformaron al compás de sus propios debates y disputas en torno a la creación y legitimación del poder político. También lo hicieron a la hora de introducir mecanismos destinados al control regular de los elegidos por parte del pueblo elector. En efecto, para el moderno sistema representativo, la legitimidad de las autoridades votadas dependía no solo de su selección inicial sino de cómo eran evaluadas mientras estaban en funciones. La "opinión pública" jugó un rol decisivo en ese sentido y se convirtió en una instancia fundamental de los nuevos regímenes, pues impulsó la instauración de libertades civiles, como el derecho a expresarse y asociarse libremente, y dio lugar a la creación de un conjunto de instituciones y prácticas, como la prensa, las asociaciones, las peticiones y movilizaciones, que fueron decisivas en la vida política del período.

Por otra parte, con el fin de evitar lo que entendían como amenazas siempre presentes, la "corrupción" de los gobiernos y el "despotismo" de los gobernantes, los hispanoamericanos introdujeron el derecho y la obligación de los ciudadanos a portar armas en defensa de su libertad. En el marco de una larga tradición republicana, recuperaron una institución colonial, la milicia, ahora reorientada hacia la defensa de la nación y la protección de la república. En principio, los ciudadanos armados eran guardianes de la soberanía popular; en la práctica, la milicia, y su sucesora, la Guardia Nacional, fueron importantes actores políticos durante la mayor parte del siglo. Pronunciamientos y revoluciones se convirtieron en prácticas habilitadas por los valores y las normas republicanas.

La historiografía reciente ha dado cuenta con creces de las características de los procesos electorales, que se realizaban regularmente como principal mecanismo formal de acceso a los cargos de gobierno. También ha mostrado el papel que jugaban las revoluciones en las disputas, de tal manera que el acceso y control de las fuerzas armadas –milicias y ejércitos– era fundamental. Pero si una revolución podía voltear un gobierno, el resultado requería de la legitimación por vía de las urnas y en el ámbito más amplio de la opinión pública.

Sobre estas bases, en el XIX se desplegó una intensa vida política en la que se forjaron dirigencias relativamente abiertas y cambiantes, que integraron los elencos de gobierno y estuvieron a la cabeza de los combates por el poder. De estos participaban también amplios sectores de la población, que se incorporaron a la práctica política republicana, con diferentes grados de inserción, subordinación y autonomía.

5.

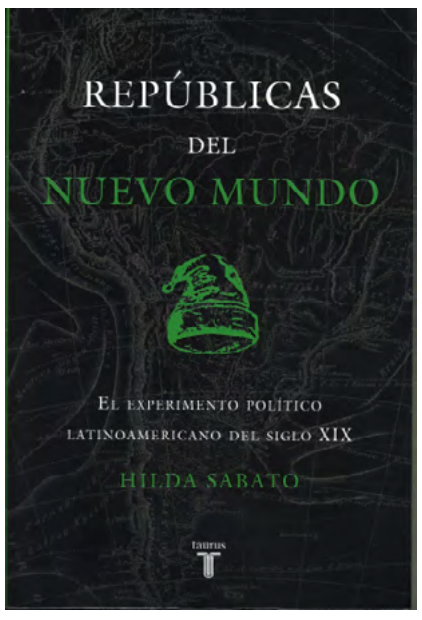
Estas formas de acción variaban según momentos y lugares, pero en general constituyeron los pilares de la relación entre gobernantes y gobernados durante varias décadas y por lo tanto pautaron los ritmos de la vida política. Esta se caracterizó por una persistente inestabilidad, que llevó a los publicistas de la época y a los analistas posteriores a calificar a las repúblicas hispanoamericanas como experiencias fallidas. Para explorar esta cuestión, me voy a referir ahora, como último tema, a la dinámica política de este período, en la que, no obstante sus variaciones es posible reconocer un patrón común y distintivo de articulación entre valores, normas, instituciones y prácticas.

Como sabemos, el siglo XIX estuvo atravesado por rivalidades y confrontaciones políticas. No se trataba únicamente de competencias entre grupos o personas por alcanzar el poder, sino también de divergencias respecto a cómo definir y organizar la vida colectiva. El ideal de unanimidad que presidió inicialmente los ensayos de organización nacional no impidió que desde temprano se desatara la pugna entre proyectos y aspiraciones diferentes, alimentando una intensa conflictividad que muchas veces desembocaba en enfrentamientos de difícil resolución pacífica. Los contemporáneos, artífices de esa dinámica, eran a la vez críticos de sus resultados, que entendían amenazaba la integridad de la república. Así, no faltaron intentos diversos por domesticar la vida política, en general con escaso éxito. Esta situación se interpretó más tarde como resultado de la persistencia de rasgos propios del Antiguo Régimen que habrían impedido el arraigo de la modernidad liberal en Hispanoamérica. En sintonía con los trabajos más actuales, me gustaría plantear una visión diferente para dar cuenta de esa dinámica política no como desviación, sino por el contrario, en términos de la propia tradición republicana.

En efecto, la vida política forjada al calor de los ideales republicanos se fundó sobre una retórica cívica que, como vimos, favorecía la intervención del pueblo, en abstracto pero también en concreto. A pesar de la visión pesimista que tenían los padres fundadores de los recursos humanos disponibles para su empresa política, sostuvieron en general una definición relativamente inclusiva de ciudadanía masculina, que –junto con los imperativos de la guerra– impulsó una amplia movilización popular. Esta movida inicial se reprodujo luego con pocas variaciones como parte de una dinámica en que las disputas por el poder eran protagonizadas por grupos enfrentados, encabezados por dirigentes de distinto nivel e integrados por hombres y en menor medida mujeres de toda condición, una gran parte de ellos provenientes de las clases populares. La competencia impulsó la organización y el despliegue de fuerzas electorales, milicias, guerrillas y montoneras, manifestaciones y movilizaciones, así como agudos y hasta virulentos intercambios retóricos en la prensa, los cuerpos legislativos y otras arenas públicas. Rituales, palabras y símbolos celebraban la vida cívica a la vez que desafiaban a adversarios y enemigos. Las confrontaciones partisanas llegaban a ser violentas, e imprimían un tono agonal a la política del período.

REUNIÓN ENTRE BOLÍVAR Y SAN MARTÍN / PABLO DUCROS HICKEN

Esa dinámica se daba, además, en un contexto de descentralización, producto tanto de la tradición de los pueblos y de una desconfianza hacia toda forma de concentración de poder en una entidad estatal única, como de las prácticas políticas que fortalecieron inicialmente los liderazgos locales y regionales. Estos lucharon por mantener el poder en sus manos, lo que conspiraba contra los intentos de construir instancias centralizadas de dominación que fueran hegemónicas. Así, salvo en el caso de Paraguay, los diversos intentos que se dieron en esa dirección fueron, en su mayoría, experiencias muy disputadas y, a la postre, fallidas. La fragmentación de las fuerzas militares –ejércitos profesionales y milicias en sus distintas variantes– fue quizá el rasgo más elocuente y persistente de estos regímenes en que los ensayos de centralización con frecuencia se frustraron por la acción de las fuerzas que defendían formas estatales no concentradas. Este patrón institucional y político tan arraigado en la mayor parte de Hispanoamérica alimentaba la inestabilidad, que no resultó, por lo tanto, de la incapacidad para jugar el juego de la república, sino por el contrario, de una manera de entender y ejecutar sus reglas.



> "en todas partes, las elecciones fueron la clave de bóveda del nuevo sistema"

En conjunto, sin embargo, el sistema se reveló bastante eficiente a la hora de forjar comunidades políticas y de dotarlas de formas de gobierno que, aunque inestables, resultaron operativas. En una dinámica que se inscribía decididamente en la tradición republicana, los mismos principios y procedimientos que otorgaban legitimidad a instituciones y prácticas también podían invocarse para poner en cuestión los resultados de su aplicación. Así, en el nombre del "pueblo", los contemporáneos impugnaban elecciones y montaban revoluciones. La invención del pueblo buscó desplazar el derecho divino de los reyes y con ello, anclar el poder en la comunidad misma lejos de toda instancia trascendente. Pero lo que los hombres hacen ellos mismos pueden deshacer, y en este caso, los propios fundamentos de estas repúblicas autorizaban su cuestionamiento. En el plano político, se abría la posibilidad de impugnar las autoridades de turno, pero también normas y prácticas, procedimientos e instituciones, que se tornaban así, casi por definición, precarios, vulnerables, inciertos.

La incertidumbre y la inestabilidad no fueron exclusivos de estas latitudes y plantearon dilemas similares en todas las experiencias republicanas de fines del XVIII y buena parte del XIX, que muestran las mismas dificultades para establecer y reproducir el poder legítimo. Quizá por ello muchos de esos regímenes fueron efímeros. Pienso en Francia, España o Italia, entre otros. El contraejemplo es, por supuesto, los Estados Unidos, que encontró formas institucionales originales para contrarrestar su tendencia a la inestabilidad todavía presente hasta la Guerra Civil. En nuestro caso, se ensayaron muy diversos métodos para domesticar la vida política, con intentos de centralizar o federalizar el poder, limitar o controlar la participación popular y cancelar la competencia política, así como, tal como se enuncia en el título de nuestro encuentro, recurrir a la religión como basamento trascendente a la comunidad política, con éxitos siempre parciales y relativos.

Me detengo en este último punto, que se vincula con el tema convocante de esta reunión. Ante el dilema que he planteado antes sobre la fragilidad republicana como constructo humano, en más de un caso en Hispanoamérica se apeló a la religión católica vigente por siglos para dotar de un basamento trascendente a la comunidad política y se recurrió a ella como fundamento doctrinario y también como fuente de rituales y ceremonias que se recuperaban para contribuir al arraigo de las nuevas liturgias. Pero en la mayoría de los casos, las propuestas de reponer a la religión como última ratio de la república tuvieron éxitos solo puntuales y de corto alcance, frente al ascendiente alcanzado por la secularización del poder y de sus fundamentos. Finalmente, la inestabilidad y la incertidumbre continuaron marcando la vida política, al menos hasta el último cuarto del siglo XIX. Y cuando cambió el rumbo, no fue recurriendo a las raíces católicas sino a otras vías de transformación, aunque aquel horizonte también fuera recuperado en el nuevo contexto.

Así llegamos a esos tiempos en que, nuevamente como producto de disputas políticas intensas, en buena parte de las flamantes naciones se impuso un giro a la república. No se trató de una impugnación radical, sino que se reformularon principios y se modificaron instituciones y prácticas en función de una nueva definición de orden, que privilegiaba la estabilidad por sobre la participación y la centralización del poder por encima de todo. Así vemos un vuelco importante instrumentado por administraciones como las de Porfirio Díaz en México, Roca en la Argentina, Núñez en Colombia, Guzmán Blanco aquí en Venezuela, y así siguiendo. Nuevamente, esta deriva hacia la república domesticada no fue exclusivo de Hispanoamérica, y la inauguración de regímenes republicanos ahora destinados a durar, como en Francia y Brasil, respondió también a imperativos muy semejantes. La modernidad política se orientaba así por nuevos rumbos, pero esa ya es otra historia. Por ello elegí centrarme en las cinco décadas aquí revisadas, pues encuentro en ellas un proceso de experimentación republicana que se sostuvo sobre algunos pilares compartidos y, no obstante sus cambios dio lugar a dinámicas semejantes, que solo entraron en su ocaso hacia el último cuarto del siglo, desplazadas por otras que inauguraron una nueva etapa para las repúblicas.

HOMENAJE >> 50 AÑOS DE LA MUERTE DE LUDWIG VON MISES (1881-1973)

Mis lecturas de la obra de Ludwig von Mises

Ludwig Von Mises fue un pensador judío, economista, filósofo y autor de obras fundamentales del pensamiento liberal

ANDREA I. RONDÓN GARCÍA

LUDWIG VON MISES / ARCHIVO

Hasta el 2006, año en el que obtuve el título de la especialización de Derecho Procesal de la Universidad Central de Venezuela, mis lecturas académicas se concentraban en el derecho y en la filosofía del derecho, y mis lecturas recreacionales en la literatura. Mi paso por el Doctorado en Derecho me hizo buscar otras áreas de interés, porque quien solo sabe de derecho, ni de derecho sabe, frase que decía con frecuencia uno de mis profesores del pregrado, René Molina.

Estando ya desde esos años en CEDICE Libertad era inevitable llegar a la obra de Ludwig von Mises. Aunque claro, con mi formación jurídica, los primeros libros que leería serían *Burocracia* (1962) que lejos de ser crítico de la burocracia, porque es una forma de gestión aplicable a una determinada actividad, lo que hace Mises es contraponer la gestión burocrática a la gestión empresarial –son muy distintos porque existen incentivos diferentes–; *Crítica al intervencionismo* (la edición de 1976, publicada de forma póstuma) en la que es categórico al señalar que no existe una tercera solución entre capitalismo y socialismo; y *Gobierno omnipotente* (publicado también de forma póstuma en 1978) en el que describe cómo el nazismo y el comunismo no tienen muchas diferencias entre sí, y sí muchos encuentros, como por ejemplo, la glorificación del Estado.

Pero mis lecturas de filosofía del derecho me harían adentrarme a la obra de Mises de otro modo. Esto último lo haría con *Socialismo* y con *La acción humana. Tratado de economía*. Uno de sus libros más conocidos es *Socialismo* (1922), a través del cual hace una crítica sistemática al socialismo, insiste en la superioridad de la libertad sobre el socialismo y elabora su tesis sobre la imposibilidad del cálculo económico en socialismo.

Con relación a *Socialismo*, se señala que el cálculo económico es la valoración sobre el resultado de distintos cursos de acción. Es la búsqueda de la decisión más racional posible con la información de la que se dispone. Esta valoración y búsqueda son posibles gracias a la capacidad creativa del ser humano. Pero en un régimen socialista donde priva la coacción es imposible el desarrollo de esa capacidad creativa, del libre albedrío y del surgimiento de la información necesaria para lograr la cooperación (coordinación) en sociedad. En libre mercado, el precio, que es un mecanismo de transmisión de la información de forma sucinta, se construye a través del juego de la oferta y la demanda, pero en socialismo al tratar de imponer el precio a través de los controles, se destruye. El precio se construye, no se impone.

Con *La acción humana* (1949), Mises desarrollaría la praxeología como método propio de la Escuela Austríaca de Economía y como una forma de ver a la economía, y a las ciencias sociales en general de otro modo.

Mises plantea que la ciencia económica no es una técnica de maximización, sino el estudio de las interacciones humanas en un contexto en el que los fines (habrá tantos como individuos existan) y los medios son muchos y el conocimiento sobre los mismos es disperso en la mente de los individuos que continuamente están creando. Las tesis de Mises se oponen a las propuestas por los economistas neoclásicos que estudian a partir de conjuntos, considerando como la base de la ciencia económica el modelo de equilibrio en el que la información relevante está dada.

Esto último es lo que me permitiría conectar la obra de Mises con una de mis líneas de investigación de los últimos años. Tanto en el Doctorado de la Universidad Católica Andrés Bello como en el de la Universidad Central de Venezuela a través de la materia Una visión liberal del Derecho, he tratado de proponer una teoría general del derecho a partir de los autores liberales, específicamente de los de la Escuela Austríaca de Economía de la cual forma parte Mises, y quien además sería responsable de su resurgimiento en el siglo XX.

Si su propuesta es ver a la ciencia económica como una disciplina enfocada en el estudio de los procesos sociales, entendidos como procesos de coordinación espontánea entre los individuos, en el que cada uno busca alcanzar sus propios fines, esto es perfectamente trasladable a las demás ciencias sociales, incluido el derecho.

> **“lo que hace Mises es contraponer la gestión burocrática a la gestión empresarial –son muy distintos porque existen incentivos diferentes–”**

Siguiendo la línea de investigación de Ricardo M. Rojas, quien amablemente aceptó la invitación de participar en esta edición del *Papel Literario*, podría definir el derecho, influenciado por la obra de Ludwig von Mises, como un conjunto de comportamientos que se han ido formando a lo largo del tiempo, de forma espontánea y dentro de un proceso evolutivo que supone ajustes, adaptaciones y coordinación social, y donde el legislador tiene una participación limitada, siendo esta última una de las expresiones en el derecho de la propuesta liberal de un gobierno limitado.

Esta aproximación al derecho, con muchas conexiones con la economía, pero vista de esta manera, forma parte de mis recientes trabajos en CEDICE Libertad y en las universidades en donde doy clases. Me parece que es una forma más integral de ver al derecho y una más consustancial con la naturaleza humana. A pesar de que varios de los libros de Mises tienen más de 100 años de editados, su pensamiento me parece absolutamente vigente y pertinente en nuestros días.

También quisiera destacar que ninguno de los que contribuimos en esta edición es economista, sino que todos somos abogados o filósofos. Cada uno de nosotros, desde nuestros espacios, hemos tratado de contribuir en nuestras áreas lejos del *mainstream*. Esto es algo que también hemos aprendido del Mises hombre, cuyo lema de vida era *Tu ne cede malis, sed contra audentior ito (*No te rindas ante el mal, sino que combátelo con más audacia*)*.

La intención no es que estas líneas sean leídas como un artículo sobre derecho o sobre economía solamente, sino como un reconocimiento a la obra de un hombre, quien presenció las dos guerras mundiales, vivió tiempos convulsos, y en muchos de los cuales se sintió derrotado. Pero, a pesar de esto, mantuvo su irreverencia intelectual que hoy nos permite hablar de sus obras en áreas distintas a la economía y en un suplemente literario como este. Deseo que esta edición sea recibida por los lectores de *Papel Literario* y les genere la suficiente curiosidad sobre Mises para continuar leyendo sobre él y su obra.

Mises, el hombre y sus afectos

“Mises tuvo que dejar Ginebra en 1940, ante el temor de que los nazis invadieran Suiza. Así, teniendo 58 años, tuvo que emigrar a los Estados Unidos sin saber inglés. Curiosamente, el prodigio que a los 12 años dominaba varios idiomas no hablaba inglés. Sin embargo, Mises rápidamente lo aprendió a una edad tan avanzada y fue capaz de escribir su obra maestra *La Acción Humana* en ese idioma”

JOSÉ VALENTÍN GONZÁLEZ

Ludwig von Mises fue un ser humano extraordinario. De origen judío, su familia paterna formaba parte de la nobleza austríaca desde el siglo XIX. Fue un niño prodigio. A los 12 años hablaba alemán, ruso, polaco, francés y entendía ucraniano. Al parecer, su genialidad era cosa de familia ya que su hermano menor Richard fue un destacado científico y matemático que terminó siendo profesor de la Universidad de Harvard. Ludwig y Richard tuvieron un hermano más joven, Karl, quien murió de escarlatina siendo niño.

Mises nació en Lemberg, Galicia (actualmente Ucrania), para ese momento parte del Imperio Austro-Húngaro. Sin embargo, su familia volvió a Viena cuando Ludwig y Richard eran niños. Creció en esa magnífica ciudad imperial donde florecieron extraordinarios talentos como Sigmund Freud, Ludwig Wittgenstein, Karl Popper, todos ellos de origen judío como Mises, así como el gran jurista Hans Kelsen, entre muchos otros. Allí, los judíos formaban parte de las élites políticas, intelectuales y económicas, pero también eran objeto de manifestaciones antisemitas que finalizaron con la anexión de Austria por la Alemania Nazi en 1938.

En 1906, Mises se graduó de abogado y trabajó brevemente en un bufete en Viena. Para ese momento, no existía la licenciatura en economía y la única forma de tomar cursos de economía era estudiando derecho. El padre de Mises había muerto en 1903, mientras que su madre vivió hasta 1937.

En 1914, se inició la Primera Guerra Mundial, en la cual Mises sirvió como oficial de artillería. Al regresar de la guerra, Mises trabajó para la Cámara Austríaca de Comercio, desde donde desarrolló su famoso seminario y cuyo alumno más destacado fue el famoso Nobel de Economía Friedrich von Hayek.

En el amor, Mises no era un hombre destacado. Torpemente, cortejó por más de diez años a Margit Herzfeld, una actriz alemana nacida en Hamburgo, viuda del aristócrata húngaro Ferdinand Sereny, de quien tuvo dos hijos: Guido y Gitta. A la mamá de Mises no le agradaba Margit, por lo que Mises no fue capaz de casarse con ella sino hasta 1938, habiendo muerto su madre y estando en Ginebra, Suiza, a donde huyó en 1934 ante la amenaza de los nazis.

Mises no tuvo hijos, pero fue el padre que conocieron Guido y Gitta, quienes quedaron huérfanos siendo niños. Guido vivió en Caracas por varias décadas donde se casó. Mises y Margit lo visitaron en junio de 1959, luego de haber estado en Argentina siendo huéspedes de Alberto Benegas Lynch. Como testimonio de ese viaje, hace varios años, conseguí una foto de Mises con un joven Nicomedes Zuloaga, la cual le entregué a mi querida amiga Rocío Guijarro para que la conservara en la sede del Centro de Divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE). Gitta fue una destacada periodista e historiadora enfocada en el estudio del Holocausto.

Mises vivió durante solo seis años en Ginebra. Según sus propias palabras, fue la época más feliz de su vida. Allí inició su matrimonio con Margit, la cual fue una esposa extraordinaria ya que no solo lo amó profundamente, sino que trabajó arduamente por la preservación y divulgación de la obra de Mises luego de su muerte. Además, en Ginebra recibió un reconocimiento que le fue negado tanto en Austria como en Estados Unidos: ser titular de una cátedra universitaria pagada y a tiempo completo. En efecto, el famoso seminario de Mises en Viena era una iniciativa personal en el marco de su trabajo en la Cámara Austríaca de Comercio, mientras que en Estados Unidos, solo pudo ser profesor visitante en la Universidad de Nueva York, donde dictó unos cursos aislados en la escuela de negocios.

Mises tuvo que dejar Ginebra en 1940, ante el temor de que los nazis invadieran Suiza. Así, teniendo 58 años, tuvo que emigrar a los Estados Unidos sin saber inglés. Curiosamente, el prodigio que a los 12 años dominaba varios idiomas no hablaba inglés. Sin embargo, Mises rápidamente lo aprendió a una edad tan avanzada y fue capaz de escribir su obra maestra *La acción humana* en ese idioma. En Estados Unidos, Mises organizó nuevamente su seminario, en el cual conoció a su alumno más fiel, Murray Rothbard, también de origen judío.

Hayek y Rothbard. Si bien Guido y Gitta fueron sus hijastros, me atrevo a decir que Hayek y Rothbard fueron realmente los hijos que Mises no tuvo. Para la gran mayoría de sus colegas economistas, Mises era una persona de mal carácter e intolerante ante quienes no compartían sus ideas. Sin embargo, con Hayek y Rothbard, Mises no solo fue tolerante ante las profundas diferencias que ellos sostenían con su maestro, sino que los estimuló a profundizar en esas diferencias. En mi opinión, ello se explica no solo porque Mises reconoció el talento superior que Hayek y Rothbard poseían, sino porque los amaba profundamente, como a los hijos que nunca tuvo.

Mises no vivió cómodamente en los Estados Unidos, pero allí siempre tuvo el amor de Margit y de su discípulo Rothbard, quien siempre estuvo a su lado. Lamentablemente, Hayek no fue tan consecuente con Mises, ni personal ni intelectualmente. Quizás no actuó de mala fe ya que Hayek era muy frío y sufrió de una profunda depresión por muchos años. Una vez que Mises muere, Margit y Rothbard trabajaron incansablemente para proyectar su legado a través del Mises Institute. Hoy hay decenas de miles de discípulos de Mises en el mundo y ello se debe fundamentalmente a la labor de Rothbard y Margit, así como de los jóvenes discípulos de Rothbard, esos nietos y bisnietos de Mises que el gran Ludwig no conoció.

HOMENAJE >> 50 AÑOS DE LA MUERTE DE LUDWIG VON MISES (1881-1973)

Reflexión de domingo: "Mises y Popper"

El siguiente texto es un extracto del publicado originalmente en NOMOI en 2009 y reproducido íntegramente en https://puntodevistaeconomico.com/2013/10/06/reflexion-de-domingo-mises-y-popper/

GABRIEL ZANOTTI

Se han escrito interesantes propuestas de acercamiento entre el pensamiento de dos grandes pensadores que, *a priori*, no parecerían tener nada que ver: Mises y Popper. Dado que Mises y Popper son dos autores a los cuales he dedicado gran parte de mis estudios epistemológicos, quisiera, como *intentio auctoris* (lo que el autor quiso decir), poner mi granito de arena en la cuestión, que espero que no sea, en la *intentio lectoris* (lo que el lector lee), un granito de confusión.

Situación histórica de ambos autores

Si los autores que intentan reconciliar las diferencias entre ambos autores tienen que trabajar tanto es que son, efectivamente, muy diferentes.

Mises no salió nunca de su formación básica en las "ciencias del espíritu" al estilo Weber –autor clave para entender históricamente a Mises. Su paso por Menger no solo enfatizó su metodología de trabajar los conceptos básicos de la teoría como eje central de cualquier ciencia social, sino que además corroboró para siempre sus dos "enemigos" básicos: el positivismo, por un lado, y el historicismo, por el otro.

Siempre consideró que el inductivismo era posible en el ámbito de las ciencias naturales y heredó del neokantismo weberiano el rechazo a toda metafísica.

Popper, nacido 21 años después en Viena, habitaba otro mundo ("mundo" en el sentido Husserl/Gadamer). Su marco de referencia, en sus primeros 40 años más o menos, fueron las ciencias naturales, la matemática, el positivismo del Círculo de Viena, y sus primeros enfrentamientos con una de sus tesis centrales, a saber, la inducción.

Los temas sociales aparecen en su horizonte, al menos en cuanto a lo académico (no en cuanto a lo vital) entre 1942 y 1944, cuando escribe *La miseria del historicismo* y la famosa *Sociedad abierta*. El lugar que sigue ocupando allí lo conjetural no parece tener mucho que ver con las fuertes certezas misianas tanto en lo económico como en lo político, y las preocupaciones posteriores de Popper son, sobre todo, el afianzamiento de su propio método, por un lado, sus preocupaciones respecto al evolucionismo, la teoría cuántica, el mundo, el universo abierto y, por el otro, sus debates con Kuhn, Lakatos y Adorno. Es relativamente obvio, al menos a primera vista, que los horizontes de ambos autores no se cruzan y que una mínima noticia que tuvieran el uno del otro iba a generar obvios malentendidos.

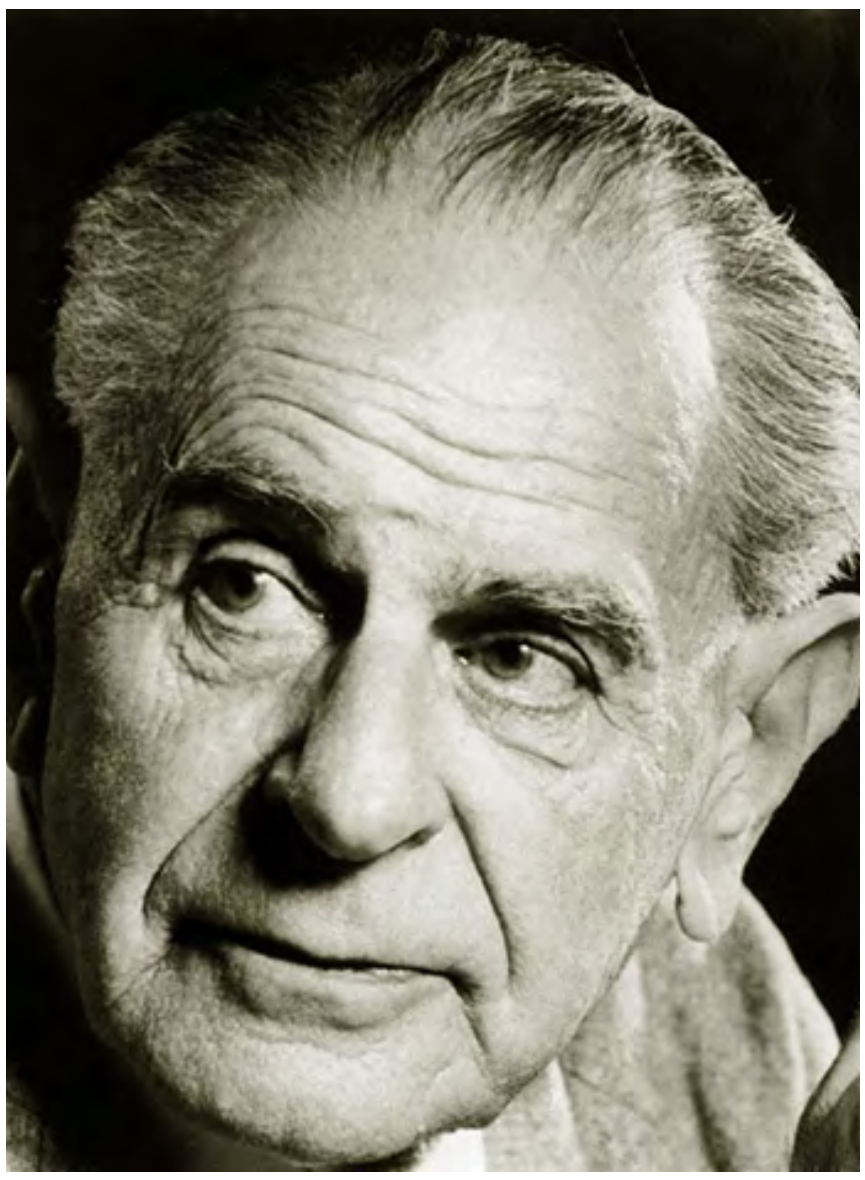
La interpretación habitual de ambos

Pero, para colmo, ambos autores han generado discípulos que enfatizan aspectos de sus pensamientos que son demasiado contrapuestos. De Popper es habitual enfatizar la conjeturalidad del conocimiento humano, por un lado (como base tanto de su epistemología como de su filosofía política) como la importancia del testeo empírico, no como inducción pero sí como falsación.

En el caso de Mises, creo que la "interpretación Rothbard" es lo habitual. La certeza del conocimiento humano, tanto en su punto de partida como en su punto de llegada, no admite ninguna hipótesis auxiliar en el medio, el testeo empírico no tiene nada que hacer en ciencias sociales y si de ciencias naturales se trata, la inducción logra la certeza dado que hay constantes. Método axiomático-deductivo en ciencias sociales, método inductivo en ciencias naturales, certeza en ambos. Por el lado de Popper, método hipotético-deductivo en todas las ciencias, conjeturas en ambos. Obviamente, ambos grupos de discípulos han formado dos iglesias, como diría Feyerabend (la iglesia popperiana y la iglesia misiana) donde la excomunión mutua es obvia.

La ambivalencia de sus escritos

Pero para colmo de problemas, los "extremistas" de ambos autores pueden encontrar en ambos citas textuales que aparentemente corroboran su interpretación. Sería muy interesante, y digno del método que no estamos siguiendo, la lista completa de citas donde Mises entroniza la certeza de los puntos de partida, de la deducción y de las conclusiones en economía, y la compara con las matemáticas. Y los textos más fuertes al respecto no están en obras marginales; están en *La acción humana* y en las dos específicamente dedicadas a la epistemología de la economía: *Epistemological Problems* y *The Ultimate Foundation*.



KARL POPPER / LES LIBRARY

Por el lado de Popper, los textos que enfatizan la conjeturalidad como eje central del conocimiento humano –no solo de la física– son incontables; de igual modo sucede con los textos que hablan de la importancia de la falsación empírica.

Por supuesto, lo interesante es que al lado de esos textos tenemos otros textos que parecen o moderar, o poner en tensión, o enriquecer, o hacer inconsistente, (allí cada lector dirá…) al pensamiento del autor.

En el caso de Mises, sus referencias a las "condiciones del mundo real" han sido la cruz de sus intérpretes, sobre todo porque él mismo las coloca como condición para seguir deduciendo… Su referencia a las tendencias (no necesarias) de los empresarios para explicar el proceso de mercado, a los factores psicológicos (no praxeológicos) en el caso de los sistemas bancarios; al manejo de las expectativas para la teoría del ciclo. Y eso para hablar de la parte teórica: en sus escritos de coyuntura, los "*lost papers*", como asesor de la Cámara de Comercio Vienés, sus referencias a la realidad concreta, incluso con números, son permanentes, de igual modo que en su seminal libro la *Teoría de la moneda y el crédito*, sin aclarar, por parte de Mises, si ese "enroque" con las circunstancias concretas son condición necesaria para la elaboración y-o corroboración de la teoría. De igual modo sucede en sus propuestas específicas de política económica, como en su propuesta de reforma monetaria del 52 o en su propuesta de reforma para México, del 43. Claro que cualquier "misiano practicante" nos puede decir que… Pero el asunto es que el texto no lo decía…

En el caso de Popper, idem. Sus referencias a sus propios programas metafísicos de investigación, la no falsabilidad empírica de los mismos y la certeza de los mismos (me refiero a la certeza y no falsabilidad empírica del realismo, del libre albedrío, del mundo, del indeterminismo, de la lógica…); su famoso principio de racionalidad en ciencias sociales; su ética del diálogo, su actitud racional como mandamiento moral, su importantísima referencia a la interpretación como carga de teoría de toda base empírica (tema al cual volveremos)… Son todos temas que parecen alejarse del Popper unívoco de conjeturas y refutaciones, que parecía casi solo a Hempel excepto en la falsabilidad. De vuelta: ¿riqueza de pensamiento o mera inconsistencia? ¿Qué "texto" puede responder la pregunta?

Motivos de la ambivalencia

¿Pero por qué, en ambos casos, esa "doble personalidad", que tanto desconcierto puede llegar a causar? Creemos que, en ambos casos, los autores visualizaron una interacción entre "teoría y mundo" mucho más profunda que lo que sus herramientas lingüísticas (heredadas a su vez de sus horizontes históricos) les permitían explicar y expresar. Ambos autores sostienen que toda teoría es "de algún modo" *a priori*. Esta es la coincidencia fundamental, no intentada, entre ambos autores, y que Sarjanovic, Di Iorio y Champion no se cansan de resaltar. Y es que ambos autores estaban hablando de hermenéutica sin que ellos o sus lectores se dieran cuenta, esto es, un criterio interpretativo *a priori*, de la física, en el caso de Popper, de la economía, en el caso de Mises.

En el caso de Mises, había un manejo de la realidad concreta al estilo Menger, donde la definición del concepto en cuestión era condición necesaria para poder manejarse en el mundo real de fenómenos complejos ("fenómenos complejos" es expresión de Mises, en *La acción humana*). Por eso se maneja después con tanta comodidad como economista de coyuntura. En el caso de Popper, la afirmación de que toda experiencia "empírica" (sea ello lo que fuere) está cargada de teoría lo lleva a una concepción de las ciencias donde estas siempre deben manejarse con una teoría *a priori*.

Conclusión

Ambos autores merecen una relectura desde la hermenéutica actual, al menos la de Gadamer. Es una relectura ardua, pero necesaria para una interpretación adecuada de los que ambos autores quisieron decir.

Recuerdos de Ludwig von Mises

Los que siguen son fragmentos del texto incluido en el volumen *Autobiografía de un liberal*, de Ludwig von Mises, publicado por Unión Editorial (Madrid, 2001)

MARGIT VON MISES

Quería convertirme en un reformador, y en cambio me he convertido solo en el historiador de la decadencia
Ludwig von Mises

Cuando mi marido, Ludwig von Mises, escribió esta frase, en diciembre de 1940, atravesaba un periodo de profunda depresión. Estas pocas palabras son muestra de su estado de ánimo. Había previsto la degradación de la civilización occidental y temía su definitivo ocaso. Estos "Recuerdos", sin embargo, no cierran la puerta a la esperanza de que el mundo, en un futuro lejano, escucharía y seguiría sus advertencias.

(…)

No fue fácil para Mises decidir abandonar Ginebra, la ciudad en que había transcurrido los seis años más felices de su vida. Llamado por el profesor William Rappard al Institut Universitaire des Hautes Études, ocupó la cátedra de Relaciones Económicas Internacionales. Su seminario privado en Viena y sus libros publicados casi todos por Gustav Fischer (que entonces tenía su sede en Jena), le habían dado a conocer en toda Europa, y su fama había llegado incluso a América, antes aún de que pusiera el pie en ella.

Llegamos a New Jersey un día muy caluroso y húmedo, tras cuatro semanas de total inseguridad y de grandes angustias y emociones. No nos esperaba ningún familiar; no teníamos casa y, como a tantos otros emigrantes, nos esperaban tiempos duros, antes de hallar una situación estable. Todo lo que poseíamos, la rica biblioteca de mi marido, había sido embalada y enviada antes de abandonar Suiza; pero no teníamos idea de dónde se encontraba en aquel momento en Europa, ni estábamos seguros de volver a verla. De 1940 a 1942 no tuvimos una verdadera casa. Nos mudábamos de un hotel a otro, viviendo de nuestros ahorros. A mi marido no se le había ofrecido ninguna cátedra que considerara aceptable.

Tal era nuestra vida cuando, en el otoño de 1940, mi marido decidió escribir (…) su autobiografía. Pero, carente de sus apuntes diarios y de sus libros, terminó el manuscrito ya en diciembre del mismo año. Recuerdo como si fuera ayer el momento en que me lo enseñó por primera vez y la intensa emoción que experimenté. Tenía la sensación, aun sin ser plenamente consciente de ello, que se trataba de una obra muy importante; pero sabía también que no era una autobiografía en el verdadero sentido de la palabra.

(…)

Pues bien, el manuscrito ofrece una imagen exacta y completa de la evolución espiritual de mi marido y contiene las ideas que fue poco a poco desarrollando en sus libros y en sus ensayos y artículos, habla también de su actividad académica y política hasta 1940, pero casi nada dice de su familia, de sus parientes y del ambiente social en que había crecido.

MARGIT Y LUDWIG VON MISES / MISES INSTITUTE

Dos años después, cuando finalmente conseguimos tener casa propia, mi marido me entregó el manuscrito, que había metido cuidadosamente en dos rígidas carpetas negras. "Este libro es tuyo —me dijo—. Guárdalo bien".

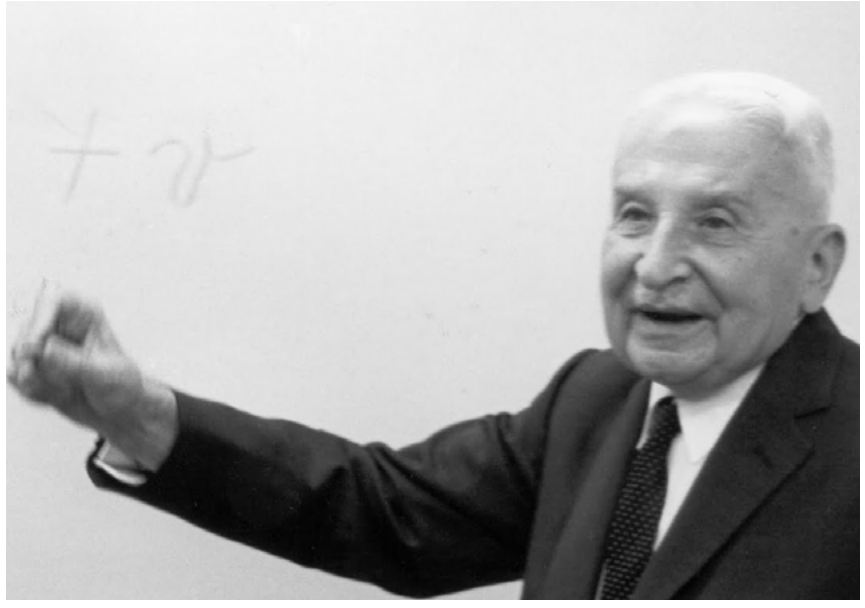
(…)

A través de este pequeño libro llegará una vez más al mundo la voz de alerta de mi marido. Espero que sean muchos, hombres y mujeres, los que lo lean. Verán con claridad las consecuencias nefastas de la inflación, del socialismo y del comunismo, el poder y la corrupción cada vez más extendida de los gobiernos intervencionistas, y experimentarán un sentimiento de angustia. No puede asegurarse que la historia no se repita. Solo podemos impedirlo si logramos cambiar su curso.

HOMENAJE >> 50 AÑOS DE LA MUERTE DE LUDWIG VON MISES (1881-1973)

Un viejo liberal sumamente actual

"Para muchos es un ícono del liberalismo, pero se olvida con bastante facilidad, que este hombre asociado la mayor de las veces al campo económico, cumplió a cabalidad con los mandatos familiares. Honró a sus padres y a su nación; cumplió con sus tareas en la función pública —pues nunca fue anarquista— ni un liberal de salón o de canapé. Usó toda su energía vital para la mejora de su desaparecida Austria"



LUDWIG VON MISES / MISES INSTITUTE

JESÚS MARÍA ALVARADO ANDRADE

Mises nació en 1881 en lo que hoy es parte del territorio oeste de Ucrania, en la región de Galitzia. Si viviera hoy volvería a padecer las crueldades de la guerra. Ese mismo año, nació en Praga su amigo Hans Kelsen. En la época en que nació Mises, gobernaba en Venezuela Antonio Guzmán Blanco y en Estados Unidos de América, el presidente Chester Alan Arthur. Eran otros tiempos, quizás, el mundo de ayer como bien sostuvo otro austriaco: Stefan Zweig.

Nuestro trágico autor murió en 1973, fecha en la que también murió su amigo Hans Kelsen, uno de los juristas más connotados del siglo XX. El destino los unió en muchos modos, lo que no significaba que pensaban igual, una cuestión importante esta, dada la irrupción de un tribalismo absurdo, incluso, en la academia.

En los años setenta del siglo pasado cuando muere Mises gobernaba en Venezuela, Rafael Caldera. Tuvo una larga vida y vio muchas cosas. Ese mismo año, el premio nobel F. A. Hayek, alumno de Kelsen y de Mises –aunque de este último fuera extracátedra–, publicó el primer tomo de su trilogía: *Derecho, legislación y libertad*. Quizás Kelsen sea un poco más conocido, e incluso, el propio Hayek, pero Mises es un autor poco conocido en Venezuela, a pesar de que en algunas de sus obras se refirió a Simón Bolívar, un hecho que ha pasado desapercibido para el "culto a Bolívar".

Exceptuando el interés de los escasos liberales venezolanos, en el ámbito académico, solo fue tomado en serio por el eminente economista Asdrúbal Baptista. En el ámbito de la política, derecho y sociología nunca fue tomado en serio, una cuestión que explicará el extravío en ideas que llevó al país a la debacle.

Es cierto, que la obra de Mises es vasta y compleja, pero también lo es la de Marx, a quien estudió exhaustivamente. Aunque siempre criticó el marxismo, quizás Mises odió más a Otto Neurath que al propio Marx, llegando a despreciar, eso sí, severamente a sus seguidores. En Venezuela, ciertos académicos marxistas han tomado más en serio los planteamientos económicos de Mises; Böhm-Bawerk o de Menger que algunos académicos no marxistas, lo que revela la flaqueza de las filas liberales y democráticas. Los historiadores también lo han ignorado, no solo en lo que respecta a su obra *Teoría e historia* (1957), sino también, su interesante tesis *Die Entwicklung des gutsherrlich-bäuerlichen Verhältnisses in Galizien (1772-1848),* que versaba sobre la liberación de los campesinos de Galicia bajo los káiseres y burócratas reformistas desde poco antes de la Revolución francesa hasta el estallido de la Revolución de 1848.

En el ámbito económico, descuellan obras como *La teoría del dinero y del crédito* (1912) –hoy en día refutada por otro eminente economista liberal, Juan Ramón Rallo, *Una crítica a la teoría monetaria de Mises: un replanteamiento de la teoría del dinero y del crédito dentro de la Escuela Austriaca de Economía* (2019)– y *La acción humana* (1949). Estas dos obras dejaron huella, pero quizás, sus obras más interesantes y de mayor trascendencia pueden ser sus obras políticas, algunas de ellas, con una carga importante de consideraciones sociológicas, epistemológicas, históricas y hasta jurídicas de gran interés en el presente.

Basta abrevar en las páginas de su densa obra *El socialismo* (1922); *Liberalismo* (1927); *Crítica del intervencionismo* (1929); *Problemas epistemológicos de la economía* (1933); *El Estado omnipotente* (1944); *La burocracia* (1944); o *El fundamento último de la ciencia económica* (1962) para apreciar la finura de un autor complejo, erudito y sagaz, que ahondó en buena parte de los problemas del siglo XIX y del siglo XX, cuyos efectos siguen proyectándose en el siglo XXI.

Es cierto, que, a diferencia de otros de sus amigos como Hans Kelsen o Joseph Schumpeter, no recibió las distinciones que debió recibir. El mundo no le trató bien. Pese a su condición de judío que le valió todo tipo de persecuciones y discriminaciones –referidas por el propio Hayek– lo cierto es que otros judíos merecieron distinciones. Probablemente su carácter y su vehemencia no le ayudó en un momento de auge de "progresismo". A diferencia de Hayek, la obra de Mises sigue siendo poco explorada. Entre las mejores –no las únicas contribuciones académicas que escrutan su pensamiento–, están las obras del académico Gabriel Zanotti en el campo de la economía y de la epistemología, y en el campo del derecho, descuella las obras de Alejandro Nieto García sobre la burocracia entre otras, en las que al menos lo refiere.

Para muchos es un ícono del liberalismo, pero se olvida con bastante facilidad, que este hombre asociado la mayor de las veces al campo económico, cumplió a cabalidad con los mandatos familiares. Honró a sus padres y a su nación; cumplió con sus tareas en la función pública –pues nunca fue anarquista– ni un liberal de salón o de canapé. Usó toda su energía vital para la mejora de su desaparecida Austria, y, por si fuera poco, se dedicó al mundo intelectual, una decisión no exenta de complejidades iniciada con sus compañeros de clase Hans Kelsen y Eugen Engel, en el ámbito del derecho y de las ciencias administrativas o de gobierno.

En momentos en que un cierto fanatismo liberal –espero yo minúsculo– considera que la función pública es denigrante, rechazando incluso la participación en ella, basta recordar que Mises desempeñó funciones públicas, como casi todos los más grandes pensadores liberales. Conociendo adentro esa maquinaria, es que pudo, enterarse de los móviles extraños de ciertos actores políticos, e incluso, de la corrupción que azotaba en Austria, noticia que vino de la boca de ese gran economista Eugen von Böhm-Bawerk, ministro de Finanzas, como se puede leer con provecho en su *Autobiografía de un liberal. La gran Viena contra el estatalismo*.

Su crítica nunca le llevó a concebirse como un "liberal de sangre azul" –la frase es de Roberto Salinas–, sino más bien, a encarar realistamente los problemas de la economía y del derecho en otros temas, siempre teniendo claros los principios del liberalismo, una tradición que como él siempre enfatizó, propuso libertad económica, esto es, economía de mercado (capitalismo) con su inevitable corolario político, el gobierno representativo, pero en ningún caso, sin pretender aniquilar las "tres potestades tradicionales: la monarquía, la aristocracia y la iglesia". Es por ello, que nuestro autor, sostuvo *ad nauseam* de manera políticamente incorrecta que "La filosofía del progresismo milita, pues, en favor del socialismo y del comunismo". Su actualidad es innegable. Espero que gracias al *Papel Literario*, muchos jóvenes puedan leerlo y darse cuenta que mucho antes que Jordan Peterson, Theodore Dalrymple, Steven Pinker, Gad Saad, o Jonathan Haidt entre otros, eminentes académicos, vaticinó el futuro, advirtiendo en *La mentalidad anticapitalista* que los progresistas sacarían las ideas liberales de las aulas universitarias, para lograr "disimular el fondo de las cosas", y "evitar que la condenable herejía liberal inficione las aulas universitarias, los cenáculos intelectuales y el ágora pública en general".

La importancia de la praxeología en el pensamiento de Ludwig von Mises

"Mises brindó argumentos teóricos para reforzar la idea del individualismo metodológico, que consiste en considerar que solo es posible estudiar a la sociedad a partir de estudiar al individuo, toda vez que la sociedad no es más que un conjunto de individuos interactuando"

RICARDO MANUEL ROJAS

Uno de los aportes fundamentales que Ludwig von Mises brindó al desarrollo teórico de la Escuela Austríaca fue su exposición de la ciencia básica de la acción humana, a la que denominó "praxeología", rescatando un término ya existente, al que adjudicó un nuevo sentido.

El planteo fundamental de la Escuela Austríaca, enunciado por Carl Menger en sus discusiones con los marginalistas de su época y plasmado en sus *Principios de economía* (1871), fue que en la determinación de los precios intervienen exclusivamente factores subjetivos, es decir, vinculados con la valoración que cada persona otorga en cada acción individual. Ello produjo una revisión de la teoría del valor, en la que el individuo tiene el papel central al ser el único capaz de valorar.

Por lo tanto, Menger advirtió que el factor determinante del valor de un bien no es la cantidad de trabajo o de otros bienes necesarios para su producción, sino la importancia que le asigna cada persona para satisfacer sus necesidades o aspiraciones.

Esta visión del intercambio económico motivó que décadas más tarde Ludwig von Mises se centrara en el estudio de la acción humana individual, que es el motor de todo proceso de interacción. La praxeología, ciencia de la acción humana, se convirtió en un pilar del desarrollo científico de la Escuela Austríaca.

La praxeología parte del axioma fundamental de que los seres humanos conducen su vida por medio de acciones conscientes y deliberadas. De dicho axioma fundamental se deducen o derivan, como implicancias lógicas, varios axiomas subsidiarios. Su objeto de estudio son las formas puras de la acción, sus categorías para el análisis científico, y no las acciones que en particular puedan desarrollarse en cada momento. Por ello es una ciencia teórica y sistemática, y no histórica. Su objeto es la acción humana como tal, con independencia de todas las circunstancias ambientales, accidentales e individuales de los actos concretos.

Estudiar las formas de la acción es fundamental para encarar cualquier fenómeno social. Esto tuvo una influencia determinante en la metodología de estudio de las ciencias sociales en general.

Al igual que otros autores enrolados en el dualismo metodológico, Mises entendió que no es posible conformar las ciencias de la acción humana con la metodología propia de la física o de las ciencias naturales. Toda vez que la acción humana es individual, y cada persona actúa siguiendo sus propios propósitos y objetivos, no existen regularidades al modo en que sí se advierten en la física, y por lo tanto la forma de experimentación y sus conclusiones deben necesariamente ser distintas. De allí la importancia fundamental de comenzar cualquier estudio social a partir de los postulados praxeológicos.

En este sentido, Mises brindó argumentos teóricos para reforzar la idea del individualismo metodológico, que consiste en considerar que solo es posible estudiar a la sociedad a partir de estudiar al individuo, toda vez que la sociedad no es más que un conjunto de individuos interactuando; y lo hacen cada uno motivado por sus propios propósitos, con la esperanza de pasar a una situación mejor a través de su acción.

El producto de esa interacción es aquello a lo que denominados "sociedad". No es un organismo o cuerpo susceptible de ser estudiado como tal de manera diferente, como se ha pretendido a partir de ciertos postulados "sociológicos" basados en principios positivistas, sino un simple proceso de intercambio.

De allí la importancia de conocer las bases teóricas abstractas que guían el comportamiento humano individual, y por lo tanto la praxeología ha de entenderse como una ciencia que no solo permite el estudio de los procesos económicos, sino de los procesos sociales de cualquier tipo. Por ello, al destacar el esfuerzo de la praxeología por buscar conocimiento universalmente válido en el campo económico, Mises se lamentó de que no hubiese sucedido lo mismo en otras áreas de las ciencias sociales (Mises, Ludwig, *Los fundamentos últimos de la ciencia económica*).

Es bueno recordar que Mises denominó originalmente "sociología" a la ciencia de la acción humana en un ensayo escrito en 1929. Pero luego decidió reemplazar ese término por el de "praxeología", al advertir que la sociología había dejado de ser una ciencia teórica para convertirse en una ciencia histórica (Mises, Ludwig, *Autobiografía de un liberal. La gran Viena contra el estatalismo*). La visión positivista de la sociología convirtió al estudio de los procesos de interacción humana en engranajes en un cuerpo único, lo que mostraba una idea precisamente opuesta a la que Mises, y la Escuela Austríaca en general, tenían de dicho proceso. Por lo tanto "praxeología" fue un concepto que mejor se adaptaba al individualismo metodológico. Fue así como denominó a su obra cumbre, su tratado de economía, como *La acción humana*, y prefirió, en lugar del término economía como la ciencia que estudia los fenómenos de acciones e intercambios, usar el de *cataláctica*.

Puede considerarse a la praxeología como la base de lo que debería ser una única ciencia de la sociedad. El racionalismo constructivista, a partir de finales del siglo XVIII, fue desarrollando a los distintos aspectos de la interacción humana como ciencias sociales independientes, que con el tiempo evolucionaron con bases metodológicas distintas, y muchas veces contradictorias. Sin embargo, al igual que ocurrió embrionariamente con los autores morales escoceses, los de la Escuela Austríaca tuvieron una visión integradora de todos esos aspectos, y la praxeología desarrollada por Mises puede considerarse como la argamasa o el catalizador que permite integrarlos en una visión de conjunto. No es casual que los principales exponentes de dicha Escuela hayan sido versátiles estudiosos de todas las áreas del conocimiento de la sociedad.

El aporte de Ludwig von Mises ha sido fundamental en este punto, y ha dejado como legado a las generaciones siguientes la tarea de aplicar esos principios de la praxeología, que autores como él mismo, y discípulos Hayek, Kirzner y Rothbard aplicaron a la cataláctica, en otras áreas como el derecho, la moral o las instituciones.

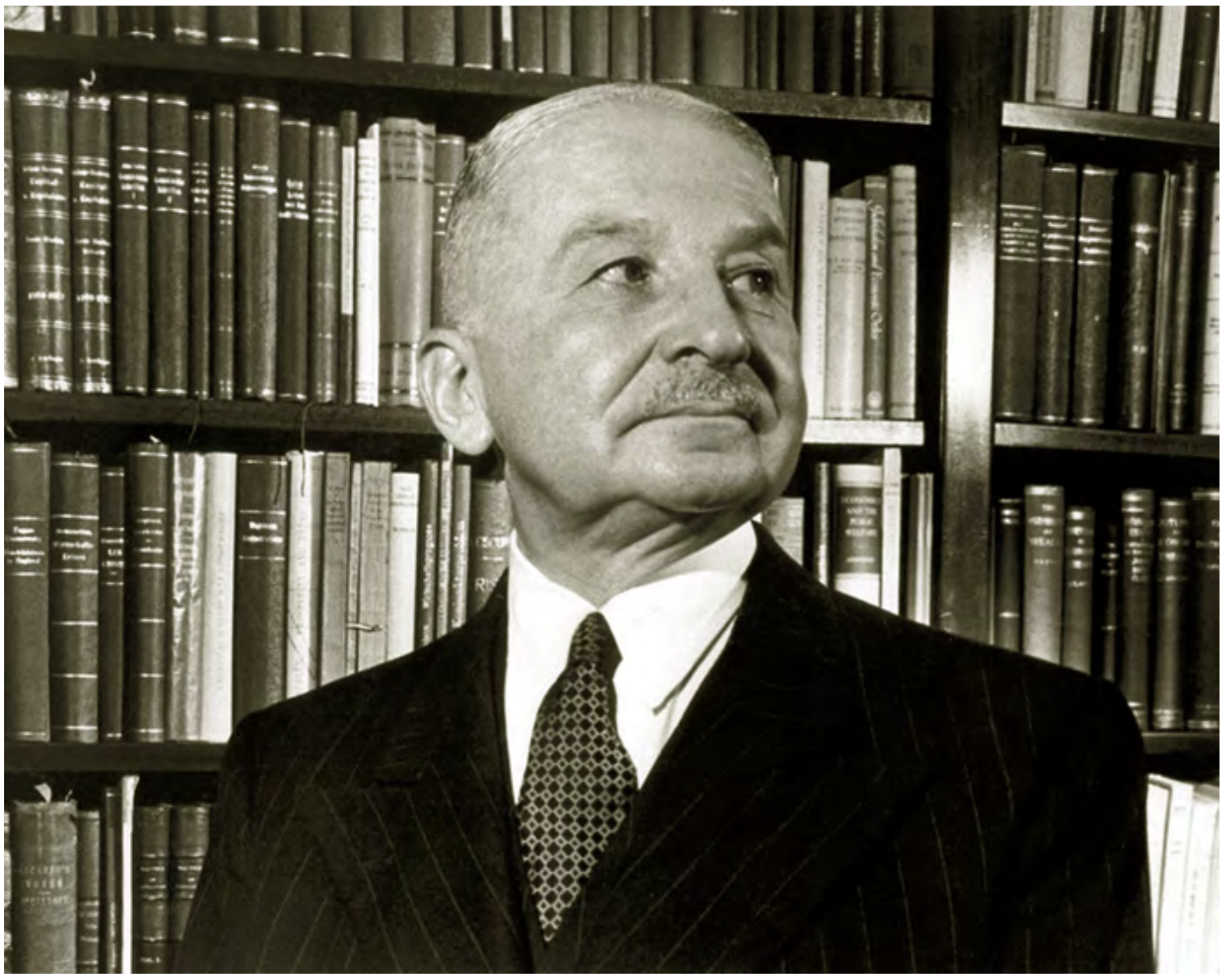
HOMENAJE >> 50 AÑOS DE LA MUERTE DE LUDWIG VON MISES (1881-1973)

Titán antiinflacionario

Dedicado muy especialmente a los consecuentes lectores del *Papel Literario*

NASLY USTÁRIZ FORERO

Los peores males que la humanidad haya tenido que soportar fueron infligidos por los malos gobiernos
Ludwig von Mises



LUDWIG VON MISES / ARCHIVO

La ocasión de haber sido convocada para participar en esta edición del insustituible instrumento de lectura y reflexión que es el *Papel Literario*, para así conmemorar los cincuenta años de la desaparición física de Ludwig von Mises, quien en su momento mereciera la calificación de "el más grande profesor de economía viviente"[1], me ha generado algunas certezas y muchas dudas. Entre las certezas, diremos por ejemplo, que al recibir la invitación, de inmediato tuve clara cuál sería mi aproximación a una vida académica y personal tan fructífera como la suya: casi siete décadas de actividad docente, veintidós libros escritos y cientos de *papers*, artículos y monografías publicadas, fundamentalmente sobre economía, aunque también sobre filosofía política, ya podrían parecer suficiente estímulo para alguien que, como yo, sigue considerando la vida docente como un ideal a perseguir.

Pero fue justo esa certeza inicial de enfocarme en el aporte de Mises a la teoría monetaria, lo que curiosamente también generó la primera de las dudas a las que me he referido. En boca, nada menos que de la propia Andrea Rondón –la coordinadora de este esfuerzo por recordar al maestro austríaco y su obra–, resonó algo que ya alentaba desde antes, en el fondo de mi propia mente vacilante: ¿será la faceta monetaria de la obra de Mises, un asunto atractivo, algo suficientemente seductor o cuando menos de interés para el público que, tercamente, insiste en leer el irremplazable suplemento literario en cualquier plataforma o medio que se presente? Esta clase de temas en los que vengo concentrando mi atención digamos *académica*, desde hace ya tiempo, ¿calará en un público, probablemente más interesado en asuntos poéticos, artísticos, o literarios como parece sugerirlo el mismo apellido de la publicación para la que lo estoy preparando?

Y entonces, en la propia formulación de la interrogante, vino a mí la respuesta: es, precisamente a los lectores de *Papel Literario* a quienes quiero contarles esto, son justo ellos ese público –del que yo misma he formado parte desde hace lustros– a quienes puedo hablarles de un tema espinoso y esquivo, de ese "enigmático fenómeno"[2] que es el dinero; un asunto que por su complejidad, suele ser mal entendido hasta para los estudiosos. Y es, en definitiva, ante este auditorio perseverante y terco que acompaña la iniciativa del suplemento literario del diario venezolano **El Nacional**, que circula desde hace ya 80 años, con quienes voy a tratar de tender el puente entre mis disquisiciones académicas y libertarias, y el "yo lector" que, de una u otra forma, todos llevamos por dentro.

Empecemos por decir que desde siempre existe y ha persistido una confusión, que quizá podríamos calificar de cotidiana, entre lo que son los *sustitutos del dinero*[3] y el dinero mismo. Mucha gente no tiene siquiera conciencia de que sean dos cosas distintas. Si preguntáramos a cualquier persona del común, en algún país escogido al azar (pero Venezuela no entraría en esa selección), por ejemplo, cuánto *dinero* tiene en ese momento, lo usual sería que sacara de su bolsillo o cartera algunos billetes, quizá unas monedas, para contarlos y dar respuesta precisa a la interrogante.

Pues bien, fue Mises junto con otro titán y padre de la Escuela Austríaca de Economía, Carl Menger quien tuvo que reiterarles a los demás economistas, aunque pudiera parecer innecesario, la verdadera naturaleza del dinero. Fue menester descorrer el velo que cubre a ese *artefacto misterioso* y por el que muchos entienden o aceptan que el dinero no es más que una creación de la ley, producto de un artilugio por el cual se decreta el "curso legal" de unos papeles que, bien mirados, no se refieren a nada en concreto. Primero Menger a fines del siglo XIX[4], y luego Mises en 1912, año en el que escribió *La teoría del dinero y del crédito*, tuvieron que recordarles a los propios economistas aquella verdad elemental: que el dinero no es una creación de la ley, es una mercancía, un bien que el mercado ha seleccionado como medio común de intercambio.

Que los economistas hayan sufrido la misma desorientación que una persona común podría experimentar, es muy sorprendente. Pero es lo que explica que Mises se haya visto en la necesidad de recordarles a sus colegas que el dinero es un fenómeno que presupone la existencia de un orden económico basado en la división del trabajo y en la propiedad privada de los medios de producción y los bienes de consumo. Un fenómeno derivado del funcionamiento mismo del mercado, pues es este y no alguna autoridad económica, el que selecciona ciertas mercancías como medios comunes de cambio entre aquellas que tienen mayor capacidad para ser negociadas –intercambiadas– con facilidad.

La teoría del dinero y del crédito de Mises se convirtió así en la obra estándar de su tiempo en el campo monetario y representó un paso gigantesco en cuanto al avance del subjetivismo de la Escuela Austríaca[5], aplicado al campo del dinero y del crédito. El mérito de este primer gran trabajo de Mises consiste en haber desarrollado la teoría del dinero, el crédito y la banca, junto con su notable aunque incipiente *Teoría de los ciclos económicos*, todo ello bajo el nuevo paradigma de las revolucionarias ideas subjetivistas. Especialmente quisiera destacar todo el aporte *misiano* en la comprensión del fenómeno inflacionario. Creo no exagerar si menciono que sus hallazgos en materia de control de la inflación fueron determinantes en la evolución de la economía europea de principios del siglo XX.

Y es ese último el tema que motivó, en concreto, el enfoque de esta breve reseña. La *ilusión monetaria* que ayudó a consolidar en su momento el rol de los billetes emitidos por los distintos bancos centrales del mundo como dinero[6], jugaba un rol principalísimo en la época en la que Mises escribía estas cosas. Pero la confusión que ayuda a consolidar esta clase de *dinero de papel*, vuela por los aires en situaciones extremas, como serían las épocas de hiperinflación, porque en esos momentos el mercado expulsa de la circulación a la moneda que algún estado creó, y solo en esas circunstancias se evidencia en toda su cruda verdad la auténtica naturaleza del dinero.

Por eso al principio de estas líneas, dejé a Venezuela fuera de aquella propuesta de elección azarosa que ponía a modo de ejemplo. Si hoy en día hay ciudadanos en el mundo que estén conscientes de que ese dinero de papel, nuestro vapuleado bolívar, está sujeto a una constante y permanente erosión en su valor de cambio, más que en ningún otro lugar del mundo, esos somos los venezolanos, quizá acompañados de cerca por los argentinos.

La relación que solemos tener los humanos con el dinero es compleja, a veces tortuosa, y creo que, en parte, ello se debe a que perdemos de vista que es solo una mercancía. El dinero es un bien económico ni más ni menos, y haberlo estudiado y enfocado así es el gran aporte que supone la obra de Mises, por lo que su valor depende de su oferta y de su demanda. Pero es esa clase de bien que todos queremos, porque cumple la indispensable función de facilitar las relaciones de intercambio, pues actúa como medio común de cambio. Cuando lo que usamos *como dinero*, son papelitos que pierden su valor de forma constante, sentimos en toda su crudeza que los gobiernos nos están despojando literalmente del único bien que necesitamos para poder obtener todos los demás. Sentimos de manera casi física cómo nos vamos empobreciendo.

La denuncia de Mises iba, no obstante, mucho más lejos, las predicciones del maestro austríaco se han cumplido[7]. La explotación del monopolio del dinero a cargo de los estados y sus bancos centrales nos ha llevado a esta realidad mundial de hoy, en la que el patrón monetario es tan aleatorio y cambiante y en el que se dificulta enormemente el cálculo económico[8].

Como reiteraba José Antonio de Aguirre en la introducción a la edición española de *La teoría del dinero y del crédito,* el maestro Mises al recordarnos estas verdades ha prestado un servicio inestimable al análisis económico[9]. Añado que también nos lo ha prestado a todos los que sabemos que no podemos darles la espalda a estos asuntos, pues en palabras del propio von Mises: "El gobierno no puede hacerlo más rico, pero puede hacerlo más pobre", puesto que, en definitiva "La inflación es esencialmente antidemocrática". No es pues gratuito que para muchos, Ludwig von Mises pueda ser considerado el economista más relevante del siglo XX.

---

1 Ludwig von Mises logró en vida reconocimiento como economista de trayectoria y fama universales, al punto que en 1944 Henry C. Simons –célebre economista estadounidense, de la Universidad de Chicago–, lo calificó con esta frase.

2 Así lo calificó el padre de la Escuela Austríaca de economía, Carl Menger, quien con la publicación de sus *Principios de Economía* en 1871 sentó las bases de esa corriente de pensamiento económico y filosófico.

3 Es el nombre que le da Mises a aquellos medios fiduciarios que funcionan *como dinero*, pero no son dinero, por ejemplo los billetes de banco (dólares, euros, libras) o los cheques.

4 En su texto "El origen del dinero" (1892), Menger enfatizó en el *misterio* que encierra el dinero planteándose la siguiente interrogante: ¿por qué todos hemos estado dispuestos a intercambiar bienes y servicios realmente útiles, por meros tokens?

5 Según ha afirmado con entusiasmo Murray Rothbard, citado por Ignacio Moncada (Instituto Juan de Mariana): "La teoría austriaca del dinero virtualmente empieza y termina con la monumental *Teoría del dinero y de los medios fiduciarios* de Ludwig von Mises, publicada en 1912. Más de un siglo después de su publicación, esta obra sigue considerándose una suerte de *libro sagrado* de teoría monetaria para la mayoría de los seguidores de la Escuela Austriaca. Aunque debo añadir que en los últimos tiempos han surgido voces disidentes dentro de la propia tradición austríaca. Por ejemplo el profesor Juan Ramón Rallo, se ha atrevido a publicar (2020) un libro con críticas a la teoría de Mises, planteando lo que estimamos una reconstrucción de la teoría monetaria austríaca, *Rallo contra Mises*.

6 Y si no son dinero, entonces ¿qué diablos son los dólares, los euros, los pesos que tenemos o bien en el bolsillo o en una cuenta de banco? Es lo que tradicionalmente se ha denominado *dinero fiduciario, papel moneda* o, el nombre más claro para mí, *dinero inconvertible*.

7 Como se cumplió también la predicción del advenimiento de la Gran Depresión de 1929 que debemos al Instituto Austríaco de Coyuntura Económica, cuya creación fue entusiastamente impulsada por Mises, quien también propuso a su primer director, F. A. Hayek. El Instituto fue el único en advertir, contra todo pronóstico, que luego de todos los excesos postguerra, tanto monetarios como crediticios que se vivieron en los "felices" o "locos" años veinte, el resultado inexorable sería esa debacle.

8 Digamos, siguiendo las ideas del profesor español Jesús Huerta de Soto, que el concepto y análisis del cálculo económico puede considerarse uno de los aspectos esenciales del pensamiento de Mises, a cuyo estudio dedica toda la parte tercera de su monumental obra *La acción humana*.

9 José Antonio de Aguirre en la Introducción a la edición española de *La teoría del dinero y del crédito* de Ludwig von Mises. Unión Editorial, segunda edición, Madrid, 2012, pp.xxxix y ss.

VIII FLOC >> ARRANCA EL 27 DE NOVIEMBRE

Feria del Libro del Oeste –FLOC–: un recuento

LEONARDO MENDOZA RIVERO

Como un "homenaje a la ciudadanía", el 28 de noviembre del 2016 fue inaugurada la primera edición de la Feria del Libro del Oeste de Caracas, por Francisco José Virtuoso S.J., entonces rector de la UCAB, y Marcelino Bisbal, director de abediciones. El primer pregonero de la feria fue el historiador Elías Pino Iturrieta. La octava edición de la feria comenzará el 27 de noviembre

INAUGURACIÓN FERIA DEL LIBRO DEL OESTE DE CARACAS, 2022 / EL UCABISTA

La noche de ese lunes 28 de noviembre de 2016, Pino Iturrieta publicó en su cuenta Twitter, que aquel fue un "día grande" para la UCAB. Ciertamente lo fue, y no solo porque en ese primer año se presentaron algunos libros que hoy parecen de obligada lectura, como los *Diarios 1988-1989: la insubordinación de los márgenes*, de Victoria de Stefano, o la novela *Gemelas*, de Juan Carlos Chirinos, sino porque, como confiesa Marcelino Bisbal, en aquella época ya se olía que las ferias del libro estaban en declive en Venezuela. Por esa razón, y en compañía de su primer adjunto, Ricardo Ramírez Requena, le propuso al rector Virtuoso organizar una feria en la universidad. Por suerte, el primer gran entusiasta fue el propio Virtuoso. "Sería buenísimo", respondió él, aprobando, como dicen, la moción.

Durante los primeros años, la mayoría de las actividades se organizaron en el edificio Cincuentenario; de hecho, para la segunda edición, en 2017, se tuvo como pregonera a la escritora Ana Teresa Torres y el primer país invitado: Italia. Gracias al que era su embajador en Venezuela, Silvio Mignano, los narradores Claudio Giunta y Danilo Manera visitaron nuestro país para compartir sus experiencias y hablar sobre el oficio de la creación literaria. También se montó la célebre exposición –traída por la embajada de Polonia– intitulada *Entre la tierra y el mar: 160 años de Joseph Conrad*, y el escritor argentino Horacio Convertini dictó la conferencia "La cultura de las librerías y la edición argentina". Ese año, recordemos, se celebraron los 450 años de la fundación de Caracas, por lo que se inauguró la exposición *Caracas centinal*, que compiló varias fotografías de Nicola Rocco; además, el profesor Jaime Bello-León dictó la conferencia "450 años de Caracas"; y se presentaron los *Cuentos completos*, de Ednodio Quintero, editados por El Estilete. Estas actividades, tal y como sostuvo Torres, demostraron que la feria es "un acto de esperanza, una manera de decir: aquí están estos libros, aquí están estos autores, esta cultura letrada es también Venezuela".

En el 2018, y teniendo a España como país invitado, el rector Virtuoso dijo que se sentía "profundamente feliz" por inaugurar la tercera FLOC. En esa ocasión, el pregón fue el mencionado embajador de Italia y escritor, Silvio Mignano. Además, en esa edición se otorgó la Orden Andrés Bello, máximo galardón concedido por la universidad, al poeta Rafael Cadenas. Ese año, los lazos culturales entre el país homenajeado, España, y Venezuela, se estrecharon sin mengua. Esto se evidencia en la serie de actividades en las que participaron los escritores españoles José María Pérez Zúñiga y Rafael José Díaz, como los encuentros que sostuvieron con profesores y estudiantes de las escuelas de Comunicación Social y Derecho de la UCAB; las tertulias con varios poetas venezolanos convocados por la Poeteca; y las charlas sobre cine, el policial novelesco y la poesía española contemporánea, haciendo valer las palabras del entonces embajador de España en Venezuela, Jesús Silva Fernández, quien dijo, en la inauguración, "Tenemos [Venezuela y España] una comunidad de valores, de pensamientos, de ideas y esta feria es una buena ocasión para recordarlo".

La cuarta edición de la FLOC, la de 2019, tuvo como invitado al Reino de los Países Bajos. El pregón fue el poeta venezolano Alfredo Chacón y fue, según Marcelino Bisbal, "un exitazo total", gracias en parte a la presencia del escritor iraní, nacionalizado holandés, Kader Abdolah, quien "se compenetró con nuestro país" e incluso se "agotaron todas sus novelas", que llegaron a la feria gracias a la generosidad de la embajada de los Países Bajos, que trajo un importante lote de sus libros desde Colombia. Abdolah, lo recuerdo, impartió una emotiva charla titulada "Literatura en el exilio, una experiencia personal", que abarrotó la Carpa 1, instalada en la llamada plaza Mickey de la universidad, actividad que compitió, en cuanto presencia de público, con la presentación de la edición venezolana de *La hija de la española*, de Karina Sainz Borgo, publicada por abediciones. En esa ocasión, la feria sirvió de telón para la inauguración del Techo Verde de la universidad, un jardín de reminiscencias elíseas que corona el edificio de postgrado, donde se celebró otro de los eventos que cautivó a los asistentes de la FLOC, como el recital de poesía donde participaron Yolanda Pantin y la española Verónica Aranda, una actividad que "mucha gente recuerda con cariño", según explica el profesor Jonathan López, subdirector de abediciones desde febrero del 2018.

A partir de ese año, se hizo palpable la visión de Jonathan López –formado en el área de la gestión cultural en la Universidad de Avignon, Francia–, artífice de que ahora la FLOC ocupe más espacios del *campus* universitario (inolvidable su anécdota con el padre Virtuoso, antes de la feria de 2018, cuando le propuso al entonces rector instalar los *stands* para los libreros en el corredor de la universidad que suelen llamar *fashion boulevard*, además de anclar las carpas para las presentaciones y otras actividades en la jardinería contigua); de que la feria ahora se extienda durante seis días y no siete; y de que el último de ellos estuviese exclusivamente dedicado a las actividades infantiles. "La FLOC", nos explica, "es una vitrina cultural que muestra lo que hace y produce la universidad; es el espacio donde dejamos en evidencia que, a pesar de las vicisitudes, no estamos cruzados de brazos". Vicisitudes por las que, en virtud de cumplir con su trabajo –organizar, programar y hasta poner orden en la feria–, alguna vez vio arriesgada su integridad física cuando un grupo de músicos amenazó con golpearlo, luego de un impase donde la tensión creció hasta el borde de los gritos e insultos.

Si hablamos de desafíos, imposible olvidar lo ocurrido en el año 2020, con la pandemia de la COVID-19, que paralizó el mundo durante varios meses. En septiembre de ese año, cuenta López, conversó con Bisbal por teléfono y ambos llegaron a la misma conclusión: "algo hay que hacer". Esa edición, la quinta, realizada en modalidad virtual mediante videoconferencias de Zoom, a pesar de no contar con país invitado, tuvo como pregón al escritor catalán Jorge Carrión. "Una FLOC digital", diría Virtuoso, en la inauguración del evento, donde se lanzó oficialmente la Librería Digital de la universidad, única en su estilo en nuestro país. Entre otras actividades, se presentó un cómic para colorear titulado *Andrés Bello, el prócer de las letras*, escrito e ilustrado por Juan y Guillermo Bisbal, ganadores del segundo puesto en la edición de 2018 del concurso "Unidos por el talento" de la Embajada de Francia en Venezuela; se organizó el conversatorio "¿Cómo se lee una hallaca?", donde participaron los periodistas Luis Carlos Díaz, Adriana Bertorelli y Rosanna Di Turi; y se cerró con un concierto virtual que estuvo a cargo del Centro Cultural BOD, llamado "Artistas venezolanos por el mundo", donde participaron músicos como el violinista Alexis Cárdenas, la cantante Laura Guevara, el cuatrista Jorge Glem, entre otros.

Ya para la sexta edición, la de 2021, se puso en práctica una modalidad híbrida. Una feria que salió adelante gracias al "empecinamiento", a la "tenacidad" de todo el equipo de abediciones, según Bisbal, que contó con Francia como país invitado, como pregonera a la escritora Karina Sainz Borgo y donde le fue otorgada la Orden Andrés Bello a la poeta Yolanda Pantin. En la inauguración del evento, Romain Nadal, embajador de Francia en Venezuela, dijo que "la literatura es un arma pacífica cargada de futuro, un puente de enlace y espacio entre pares", muy a la par de las palabras de Sainz Borgo, quien dijo que la lectura "es un acto de insurrección, un riesgo, un contagio. La lectura genera al mismo tiempo una libertad individual y, si se quiere, una libertad colectiva". Entre actividades presenciales y en línea, la FLOC del 2021 fue importante no solo por la presentación de la novela *Los inmateriales*, de Óscar Marcano, que contó con las palabras, no solo del autor, sino de Jonathan López, y de Patrick Riba, representante de la embajada de Francia. También reunió, en distintas videoconferencias, a los escritores venezolanos Juan Carlos Méndez Guédez, Israel Centeno, Liliana Lara y Gisela Kozak; José Luis Palacios, Camilo Pino, Miguel Gomes y Michelle Roche Rodríguez; Alberto Barrera Tyszka, Gustavo Valle, Pedro Plaza Salvati y Karina Sainz Borgo; Gabriel Payares, Fedosy Santaella, Daniel Centeno M. y Enza García Arreaza; Antonio López Ortega, Federico Vegas, Keyla Vall de la Ville y Lena Yau, quienes discutieron sobre su condición como escritores en la diáspora, a pesar de que el profesor Carlos Sandoval, en una de sus intervenciones, discutiera la pertinencia de la noción "literatura venezolana diaspórica".

Queda, por último, reseñar lo que considero más importante de la séptima edición de la FLOC, la de 2022. Esta, la primera sin su "gran entusiasta", el rector Virtuoso, tras su muerte el 20 de octubre del año pasado, fue testigo de la condecoración a Victoria de Stefano y a Juvenal Ravelo, a quienes se les concedió la Orden Andrés Bello. Esta edición contó con Alemania como país invitado y el pregón fue el escritor venezolano Antonio López Ortega. Johannes van der Vegt, consejero político de la embajada de Alemania en Venezuela, resaltó durante la inauguración que las "ferias de libros independientes como la FLOC son muy importantes por el debate público". López Ortega, por su parte, tras hacer una breve semblanza sobre las políticas públicas en Venezuela dedicadas a la cultura tras la muerte de Juan Vicente Gómez, sostuvo que "la cultura que construimos la hicimos posible gracias a la democracia y ha sido en democracia donde hemos hecho lo mejor de nuestra cultura", pues "no hay futuro sin memoria, no hay porvenir sin herencia". Entre las actividades que debo destacar de la feria del año pasado, no puedo pasar por alto la presentación de la novela *Vamos, venimos*, de Victoria de Stefano; de la *Obra completa*, de Eugenio Montejo; la presentación del texto *Neolengua roja rojita* de Óscar Lucien; y la "apoteósica" presentación, en palabras de Marcelino Bisbal, del poeta Rafael Cadenas, luego de recibir el Premio Cervantes.

La próxima FLOC: ¿qué esperar?

Habrá actividades culturales, cineforos, recitales, toques, conversatorios, conferencias, presentaciones de libros –incluyendo una antología en versión digital sobre la nueva narrativa venezolana, de la que soy compilador, junto a la escritora Sofía Avendaño. La grilla de programación, al momento de escribir estas líneas, no está cerrada. Se realizarán importantes presentaciones: de la novela *Conspiración y obsesión*, de Antolín Sánchez Lancho, y la antología de cuentos de Antonio López Ortega, *Casa natal*, volúmenes que vienen a engrosar la lista de obras de narrativa publicadas por abediciones, donde encontramos títulos como *El cielo invertido*, de José Napoleón Oropeza; *Dos espías en Caracas*, de Moisés Naím; *Rocanegra*, de Fedosy Santaella; *La hija de la española*, de Karina Sainz Borgo; *Los inmateriales*, de Óscar Marcano; *Llévame esta noche*, de Miguel Gomes y *Vamos, venimos*, de Victoria de Stefano; obras que, a mi juicio, enlistan la irrefrenable apuesta de abediciones, que consiste en editar textos narrativos de autores consagrados o canónicos de la literatura venezolana.

Ahora bien, según Sofía Avendaño, una feria del libro es la "comunión entre el libro y su editor, el escritor con su lector y las ideas con las almas". Una definición que coquetea con cierto romanticismo y que me hizo preguntarle tanto al profesor Bisbal como a López, qué es lo que esperan de la octava edición de la FLOC, a iniciarse el lunes 27 de noviembre. A pesar de que el año pasado se registró la asistencia de casi 5 mil personas, el profesor espera "más participación de la comunidad ucabista, como profesores, directores, decanos, estudiantes. Yo espero que lo logremos, aprovechando un poco que este año la feria cierra la celebración de los setenta años de la universidad y que el invitado de honor, como corresponde, es la misma universidad". Ante la misma pregunta, López secunda a Bisbal, al pensar que "quizás lo más difícil es hacer que algunas escuelas participen, aporten; hacer ver que la feria es de la universidad. Por ello, este año espero una FLOC distinta, acorde a la celebración de los setenta años de la UCAB, que recoja su espíritu, donde todos sus miembros nos involucremos y demostremos lo viva que está la universidad; los recursos y la creatividad que hay en ella". ¿Y qué esperamos los lectores, escritores, profesores y público cautivo de las ferias por parte de la FLOC? Que persista, que continúe, que no desfallezca, porque la necesitamos en medio de esta intemperie. EN